

GUIA DE GRANADA  
POR ANTONIO GALLEGO Y BURIN  
(SUPLEMENTO A «CUADERNOS DE ARTE»  
PLIEGOS 3 Y 4)

tan intensa y fecunda que, al morir, nimbado con la gloria del martirio, en la segunda persecución de Domiciano, quedaba Iliberis definitivamente incorporada al Cristianismo, como lo prueba la dilatada serie de sus sucesores que, sin interrupción, y a través de las vicisitudes de los siglos siguientes, llega, según datos seguros, hasta la segunda mitad del s. X, y, más aún, el hecho de que, en el IV de nuestra Era, el Episcopado español la escogiese para celebrar en ella el memorable Concilio que lleva su nombre (hacia el año 300), primero de los españoles y uno de los más importantes de la Cristiandad, a la que esta ciudad ofrendó, también en aquel mismo siglo, la gloria de la virtud y de la ciencia de otro santo Obispo: Gregorio el Bético.

Si del dominio de los *visigodos* carecemos de documentos que nos revelen cómo era entonces esta población y cuál su vida, conservamos, en cambio, datos que demuestran que, bajo él y, particularmente, al terminar las luchas religiosas, seguía manteniendo Iliberis su grandeza civil y eclesiástica, pues su nombre aparece en monedas y medallas de los Reyes Recaredo, Viterio, Gundemaro, Sisebuto, Suintila, Chintila, Egica y Witerico, con los títulos de *Liberi pius*, *Pius Eliberri*, y *Pius Eliber*, y el mismo nombre se halla en otros documentos de aquella época y, en especial, en los Concilios de Toledo y Sevilla, a los que concurrieron algunos de sus Obispos (Stephanus, al III toledano; Etherius, al

con el grupo de escritores que formaron la famosa "Cuerda granadina", las actividades de la sociedad literaria "El Liceo" y, más tarde, con las del "Centro Artístico" que, hacia 1888, logra su máximo esplendor, mantuvieron viva una tradición cultural cuyo último brote, hasta llegar a nuestro siglo, es la "Cofradía del Avellano" señoreada por el nombre de Ganivet.

**Hijos célebres.**—En la época árabe, Granada fué uno de los más importantes focos de la cultura occidental, en el que figuraron nombres tan ilustres como los de los *filósofos* Aben Bachá, conocido por "Avempace" y Aben Alcozairí, discípulo de Averroes; del *filólogo* Aben Hayyan; del *músico* Aben Alhadad; de *historiadores* como los Benu Said; de *matemáticos* y *jurisconsultos* como Alcalasadid y Aben Abbama; y de los *poetas* y *escritores* Abu Chafar, Ahmed Aben Said, Aben Zemrec, Aben Motárrif y Abdelazis C. Habra, conocido por "el Monfátíl"; de *polígrafos* como Aben Tofail de Guadix, Alhasan ben Mohamed Alwazzan "León el Africano" y, sobre todos, el célebre Aben Aljatib, a más del grupo de grandes *poetisas* que dan tono a los siglos XII y XIII, Mariem, Hafsa la Racunia y Handa la de Guadix.

La Granada cristiana ha sido, asimismo, pródiga en hijos ilustres. Granadinos fueron, *militares* como Gonzalo Ximenez de Quesada, fundador del reino de Nueva Granada, y el fundador de Buenos

Aires D. Pedro González de Mendoza; el gran D. Alvaro de Bazán, D. Andrés Pérez de Herrasti y D. Mariano Alvarez de Castro, defensores los dos últimos, respectivamente, de Ciudad Rodrigo y de Gerona durante la invasión napoleónica y, en fin, los generales Narváez y Novaliches, tan señalados en la historia del s. XIX; *políticos* como D. Cristino Martos, D. Javier de Burgos, D. Francisco Martínez de la Rosa, D. José de Castro y Orozco y el mismo Narváez; *mártires, teólogos y místicos* como S. Leovigildo y S. Rogelio de Parapanda, muertos en la persecución del s. IX; el Obispo S. Gregorio el Bético y el último de los conocidos de Iliberis Recemundo; el insigne P. Francisco Suárez, llamado "el Doctor eximio", Pedro de Cáceres, Pedro Palacios de Salazar y el admirable Fr. Luis de Granada; *historiadores* como D. Diego Hurtado de Mendoza, Luis del Mármol, Francisco Bermúdez de Pedraza y los moriscos Hernando del Castillo y Miguel de Luna; *comediantes* como José Salazar y María de la Chica; *poetas y escritores* como Antonio Mira de Amescua, Alvaro Cubillo de Aragón, Martín de Angulo y Pulgar, Pedro Soto de Rojas, Sebastián de Gadea, los hermanos Agustín, Antonio y Gregorio Martínez de Bustos, Antonio Fajardo Acevedo, Francisco Martínez de la Rosa, Pedro A. de Alarcón, Angel Ganivet, etc.; *críticos y arqueólogos* como D. Aureliano Fernández Guerra, D. Juan de Dios de la Rada, D. Manuel Cañete y D. Manuel

restos abundantísimos de cementerios, trozos de vía romana, vasijas, tejas y ladrillos, inscripciones, fragmentos de estatuas, capiteles y columnas de mármoles de Loja y de Illora, y otros importantes elementos de construcciones arruinadas, cuya suntuosa grandeza atestigua la importancia de esta ciudad, que se extendía hasta la colina de la Alhambra, y ocupaba en la del Albaicín las demarcaciones de las actuales parroquias de S. Nicolás, S. José, S. Miguel y S. Juan de los Reyes, teniendo como centro la hoy llamada placeta de las Minas, parte de la cual es actualmente el huerto de Lopera, o de la Concepción. Allí se alzaban la Basílica y Foro de Iliberis, noble y grandiosa construcción, enlosada de mármoles, soportada por robustas columnas, y decorada con pedestales, estatuas y epígrafes consagrados a los Emperadores y a sus patricios ilustres por el Municipio iliberitano, cuya alta significación debían pregonar otras muchas y ricas construcciones, tenidos en cuenta el tamaño y calidad de los restos hallados en puntos distintos de la población.

Y si, en el orden civil, ésta alcanzó tan noble rango, no menos lo logró en el religioso. Entre los años 62 y 64 de nuestra Era, llegó a ella S. Cecilio, que, venido a España, en unión de los otros seis varones apostólicos, enviados desde Roma por S. Pedro a predicar el Evangelio, fijó aquí el centro de su predicación y fundó Sede episcopal, que es, por lo tanto, de las primitivas españolas. Su labor fué

nes de los ss. I al III de J. C. la llaman *Municipium florentinum Iliberitanum*, y también *Florentia*, nombre que, en sentir de algunos escritores, podía interpretarse por “ciudad florida o fructífera”. Vemos, pues, que en aquellos tiempos Granada usó dos denominaciones: una, ibérica (*Iliberia*) y la segunda, romana (*Florentia*), a semejanza de otras poblaciones importantes; que perteneció a la región de los túrdulos y al convento jurídico de Córdoba, y que fué Municipio muy principal—quizá el primero de esta comarca—que dió santos a la Iglesia, cónsules a Roma y capitanes al Imperio.

Esta población romana, cuya situación han discutido apasionadamente arqueólogos y eruditos, existió en el lugar mismo de la actual Granada, y ocupó, principalmente, lo que fueron barrios de la Alcazaba y el Albaicín <sup>1</sup>. En ellos se han hallado

<sup>1</sup>. Carece de toda base científica la teoría sostenida por algunos escritores de que Iliberis fué la misma ciudad musulmana de Elvira situada al pie de la Sierra de este nombre. En Elvira no se ha hallado inscripción ninguna de Iliberis y sí en Granada, donde no se encuentran de otra ciudad y es ley arqueológica, que el nombre de ésta lo revelan las inscripciones halladas en sus ruinas. Pensar y afirmar, como algunos lo hacen, que los árabes se trajeron a Granada todos los materiales de la destruida Elvira para aprovecharlos en la construcción de la ciudad nueva, es el mayor de los dislates, rechazado por los hechos y por la crítica moderna, apoyada además en el testimonio de los más antiguos geógrafos árabes que señalan a Granada como la más antigua ciudad del término de Elvira, capital suya y asiento de la Sede episcopal, es decir, como Iliberis misma.

Gómez-Moreno; *artistas* como Alonso Cano, genial creador de una escuela, Pedro de Mena y Medrano, José y Diego de Mora, José Risueño y Torcuato Ruiz del Peral, *escultores insignes*; y los *pintores* Juan de Aragón, Pedro de Raxis, Pedro de Moya, Juan de Sevilla, Pedro Atanasio Bocanegra, Miguel Jerónimo de Cieza y sus hijos José y Vicente y Juan Niño de Guevara; *humanistas* como Juan de Valencia y Francisco de Castro; y *jurisconsultos* como Juan Rodríguez de Pisa, aparte otros personajes tan significados como la Condesa Eugenia de Montijo, Emperatriz que fué de los franceses, la heroína liberal Mariana Pineda y el célebre torero Salvador Sánchez “Frasuelo”.

**Tradiciones y leyendas.**—Lo atractivo de su naturaleza y el prestigio de su historia, han creado en Granada un ambiente saturado de leyendas, a partir de las que envuelven sus orígenes y el significado de su nombre. Toda la historia árabe granadina está mezclada con el mito, alzándose sobre ella la sombra espectral de legendarias apariciones, o bien, urdiéndose sobre la pura trama histórica la hilazón de interpretaciones novelescas, desde la “Historia de los amores de Abindarráez y de la hermosa Xarifa” hasta agotar las mil relaciones de amor de Gazules y Moraimas, Zoraidas y Zegrías que conserva el Romancero. Las ruinas de la Alhambra guardan en cada rincón el recuerdo de fantásticos hechos o de ciertas actividades, deshaciendo la his-

toria la crudeza de sus relatos entre las murallas cubiertas de yedra o en los patios abiertos y vacíos que quiebran en las aguas de sus fuentes la pureza de sus perfiles. Las cautivas Infantas de la Torre de su nombre, huídas con caballeros cristianos; el príncipe Ahmed, corazón encerrado en el vergel del Generalife; la inquietante aparición del caballo descazado de la torre de los Siete Suelos; los amores de Doña Isabel de Solís; el degüello de los Abencerrajes, venganza de un rey por haber sorprendido los amores de la reina, con uno de aquellos caballeros, al pie del ciprés del Generalife; los episodios de las luchas intestinas que consumen el reino granadino y los que matizan la campaña de su conquista, como el popular del desafío de Tarfe y Garcilaso, teniendo por remate el del suspiro del último rey moro, figura que huye del campo de la historia para penetrar en el de la leyenda..., hechos ciertos los unos y los otros jamás sucedidos, la tradición los ha recogido o la leyenda les ha dado cuerpo, envolviéndolos en el tul de sus nieblas. Este ciclo tradicional y legendario de la dominación árabe y de la conquista es el más extenso y el de más ilustre abolengo literario y de él nos hablan, pródigamente, las páginas del Romancero.

La rebelión morisca, explosión concentrada del odio de dos razas, que acabó con la expulsión de la vencida, sembró, asimismo, la tierra granadina, de tradiciones y leyendas, florecidas entre la violencia

sido fundada por el griego Pirro y su esposa, a la que nombran Iberia, haciéndola hija del rey Hispan (el Sol)... A través de tales disertaciones, en las que se mezclaba la fábula con la historia y se hacía de la historia fábula, se mantiene el secreto del *origen* cierto y primero de Granada, que, a juzgar por todos los indicios, y por las especiales condiciones de su situación geográfica, circundada de sierras y dominando una extensa y fértil llanura, debió de ser, desde que los hombres pisaran su territorio, foco de vida principalísimo y activo, cuyo valor estratégico había de hacerle jugar, en todo instante, un gran papel histórico. Pero, la verdad, perfectamente comprobada hoy, es que aquí se asentó, en la época remotísima de la primera población de la Península, una de las *tribus ibéricas* más civilizadas, la de los túrdulos, y que, en esa primitiva población túrdula, tuvo Granada su origen. Ya, en el s. V (a. de J. C.), Hecateo de Mileto la citaba, como dijimos, con el nombre de *Elibyrge*, y en ella se acuñaban monedas con figuras simbólicas del Sol y el nombre ibérico *Ihverir*, que Humboldt interpretó por "ciudad nueva".

Conquistada por los *romanos*, esta población ibérica siguió acuñando monedas con el nombre, en caracteres latinos, de *Eliber*, *Eliberri*, *Iliber*, *Iliberi*, *Iliberri*, *Ilvbir* e *Ilvbiri*, denominándola Ptolomeo *Illiberi* y Plinio el mayor *Iliberri*, y a sus ciudadanos "liberini". Erigida municipio, las inscripcio-

presenta en campo de plata una banda de gules engolada de dos cabezas de dragón y la anterior leyenda. Cuando Alahmar fué armado caballero por Fernando III cambió las gules por azur y sus sucesores siguieron usando este blasón que timbra los monumentos de su dinastía. El escudo actual de Granada presenta en campo de plata las figuras de los Reyes Católicos, purpurados y con corona, sentados en el trono y, a los pies del escudo, una granada de oro medio abierta. En 1843, con motivo del levantamiento de Espartero, Isabel II otorgó a Granada el derecho de agregar un cuartel con la torre de la Vela y, ondeando sobre ella, el pendón de Castilla. Ornan el escudo castillos y leones y lo remata corona floreada de granadas y en medio, con una cruz, las iniciales F. Y. coronadas de oro. Granada ostenta los títulos de Muy Noble, Muy Leal, Nombrada Grande y Celeberrima a los que Isabel II agregó, en la ocasión citada, el de Heroica.

**Origen, vicisitudes históricas y evolución de la ciudad.**—Al tratar de los orígenes de Granada, hay que prescindir de aquellas viejas y pueriles disertaciones eruditas que, creyendo acrecentar el prestigio de esta ciudad, remontaban su fundación hasta Noé, y su nombre a una hija de éste llamada Grana, o a cierta Granata hija de Hércules; o bien, la estimaban población de hebreos llegados a España con Nabucodonosor, o de expulsos de los Emperadores Vespasiano y Adriano; o, en fin, afirmaban haber

y la crueldad de aquella lucha. El Albaicín conserva numerosos recuerdos de ella y en cada pueblo y cada breña de la Alpujarra aún se elevan las voces que narran algún suceso no recogido por la historia, presidiendo este otro ciclo legendario las figuras de Aben Humeya y Aben Aboó.

La época cristiana dió vida a nuevos episodios, en los cuales es el imperante el tema religioso o los de amor, honor y celos: la exaltación piadosa dió a la decisión monástica del Duque de Gandía el nombre de “conversión”, construyendo la historia de su pasión por la Emperatriz Isabel y su derrumbamiento al contemplar sus despojos; o bien, situando en el convento de los Mártires a S. Juan de la Cruz y a Santa Teresa, en mística entrevista, mantuvo en pie, como recuerdo de este encuentro, el cedro y la encina que asegura plantaron las manos de ambos santos; o, en fin, haciendo del lema “Esperándola del cielo”, que timbra el edificio nombrado Casa de Castril, triste epílogo de una historia de amor en la que un paje halló la muerte colgado del halcón donde el lema campea, esperando del cielo la justicia que en tierra le negaron. En estos tiempos primeros de la dominación cristiana y en ciudad donde existían tantos conversos, juega la Inquisición un gran papel en tales relatos, desarrollándose, a la vez, la serie de leyendas de duendes, trasgos y aparecidos, sucesión de las de monstruos y encantamientos, de tipo oriental, que son su antecedente.

Pueblo supersticioso, como correspondía a su meridionalismo, al aislamiento en que vivió durante mucho tiempo y a su mezcla con sangres orientales, desarrolló ampliamente esta clase de historias en las que hace su aparición el alma en pena, como floración lógica de un ambiente lleno de hechizos naturales y envejecido en la creencia en las fuerzas ocultas y en la inflexibilidad del Destino. Así nació, como hijo del mito general de los duendes, el del duende *Martinico*, terror de cien generaciones infantiles, el cual aparecía en el fondo de los aljibes y tinajas, y el del *Cancón*, guardián de los tesoros, tema éste que es otro de los dominantes en esa época, en la que la imaginación popular soñaba con la existencia de riquezas, ocultas por los musulmanes. Y, junto a esto, la piedad de los tiempos puso al pie de cada imagen la ofrenda de ingenuas y devotas leyendas como las que alunbran con la luz de su fe al célebre Cristo de los Favores, a la Virgen de las Angustias o a la de la Estrella, asuntos que prolongan su duración hasta que el romanticismo debilitó esos sentimientos y dió vida al ciclo legendario teñido de adulterado orientalismo, que presta nueva interpretación a temas viejos, artificiosamente desenvueltos en marcos novelescos y de tipo más erudito que popular.

Otro ciclo señala la invasión francesa y en él predomina sobre la leyenda la tradición heroica que rodea con nimfos de gloria a caudillos y guerrille-

fuertes, las nieblas y las nieves. Su temperatura media anual es de 14° 9, la máxima 39,7 y la mínima 4,7. Los vientos dominantes son los O. y, más exactamente, O.N.O., y, durante las noches y el día, especialmente en invierno, los N. y N.E. En el cuadro hidrográfico de España ocupa Granada una posición media, correspondiendo el máximo de sus lluvias a Noviembre, Marzo y Abril. La primavera y el otoño son las épocas de mayor constancia de temperatura y, por ello, las más apropiadas para visitar esta ciudad.

Granada es capital de la provincia de su nombre y cuenta con una población de 134.429 habitantes. Tiene Universidad, Audiencia Territorial, Delegación de Hacienda, Gobierno Militar y Arzobispado. Para los fines administrativos encomendados a su Municipio la ciudad se divide en diez distritos, y eclesiásticamente comprende las parroquias del Sagrario, Magdalena, Santos Justo y Pastor, S. Idefonso, Nuestra Señora de las Angustias, S. Matías, Santa Escolástica, S. Cecilio, S. Gil, S. José, S. Andrés, S. Pedro y S. Pablo, Sacro Monte, Salvador y El Fargue.

El escudo del reino moro granadino fué el de su rey Alahmar, quien lo adoptó después de la victoria de Alarcos, atribuída por los árabes a la ayuda de un ángel que apareció en un caballo blanco, empuñando una bandera en la que se leía: *Wa le Galib illa Allah* (Solo Dios es vencedor). Este escudo

están cortados por el camino de S. Antonio, río Darro, paseo central de la Alhambra y barranco del Abogado, y los otros por los ríos Beyro y Genil, barranco de la Zorra y algunas otras vertientes. Desde el S. O. de la ciudad se extiende la *Vega*, amplia campiña cubierta de vegetación y salpicada de pueblos y caseríos. Abundantisima en agua y muy fecunda, inundada de sol y de templada atmósfera, la Vega ofrece un conjunto incomparable, poniéndola a salvo de los vientos fuertes y ciñéndola, como un cinturón, las Sierras Nevada, de Alhama, Loja, Parapanda, Moclín y Cogollos.

El río *Darro* (el antiguo *Colzom* y *Hadarro* de los árabes), que, desde su nacimiento, baja por el lugar llamado Jesús del Valle y baña las faldas del **Sacro Monte**, atraviesa el centro de la ciudad yendo a unirse, al S. de ella, con el Genil, separando su corriente los cerros del Sacro Monte y Albaicín, del de la Alhambra, El *Beiro*, que nacido en la Sierra de Viznar sólo lleva agua en los grandes temporales, corre hacia el S. entre los pueblos de El Fargue y Alfacar, cruza el barrio de S. Lázaro y se interna en la Vega para unirse también con el *Genil* (el *Singilis* de los romanos y *Chingil* de los árabes) que la fertiliza, corriendo entre extensas y frondosas alamedas.

El *clima* de Granada es benigno y seco; el aire sano y puro; el cielo despejado y alegre y el horizonte extenso y variado y son raros los vientos

ros, como el “Carbonero Alcalde” del pueblo de La Peza, o aquel otro Alcalde, el del pueblo de Otívar, terror de las tropas napoleónicas. Y este aire heroico sigue envolviendo hechos y figuras que, en las luchas políticas de la mitad del siglo, dejan grabado su gesto, como sucede con la noble y bella liberal Doña Mariana Pineda, cuya vida, cercana aún a nosotros, está ya repartida y deshecha entre las notas de la música y el canto populares y la novela de su aventura y de su desventura.

El s. XIX sacó a luz numerosas compilaciones de estas leyendas y estas tradiciones—en general reflejo poco exacto de lo que eran en su origen—como las de Fernández y González, Roda, Montes, Soler de la Fuente, Rute, Salvador de Salvador, Zorrilla, Alarcón, Afán de Ribera, Villarreal, etcétera, pudiendo afirmarse que fué Washington Irving quien, más pura y llanamente, reflejó en sus “Cuentos de la Alhambra” lo que el espíritu granadino había creado sobre las bases de su historia, desenvuelta en ciudad tan propicia para el ensueño.

**Carácter y costumbres.**—En su libro “Granada la Bella” esbozó Ganivet un tratado de estética ciudadana, en el que se perfilan algunas de las notas que informan el carácter granadino, bien distinto del general andaluz y más distinto aún de lo que, comúnmente, se entiende por andaluz y por Andalucía.

El hecho de haber sido Granada un país sin

Edad Media cristiana, ya que su medievo lo ocupa por entero la historia del pueblo musulmán, ha influido decisivamente en su conformación espiritual. Cuantos en Granada quedaron después de su conquista, sometidos o conversos, y los judíos, que fueron muchos, se mezclaron con los nuevos pobladores, castellanos, gallegos, aragoneses, etc., dominando la ciudad el pequeño núcleo de los conquistadores, piedra angular de los linajes nobles granadinos y, bajo esto y en confusión revuelta, el conglomerado de caracteres y de razas que el tiempo fué mezclando para llegar a modelar un nuevo tipo, nacido de una lucha terminada en abrazo, en el que amor y odio iban fundidos. Así, habló Vélez de Guevara, refiriéndose al poeta granadino Cubillo de Aragón, de aquel "fuego que todos los que nacen en este clima tienen". Fogosos y espiritualmente complicados, cerradamente localistas a veces y, a veces también, por paradoja, dejando escapar su espíritu tras todo valor universal, los granadinos, andaluces ariscos, más amantes de la gravedad que del regocijo, más irónicos que alegres y, cuando alegres, sobrios en su alegría, más concentrados que expansivos, de inteligencia ágil y percepción aguda, ponen su acento sutil y grave en el idioma íntimo de Andalucía, como Córdoba viene a dejar en ella un vago eco romano. Acentúa este carácter un matiz de indolencia en el que apoya un concepto fatalista de la vida, lo que les defiende del entusiasmo

## LA CIUDAD

**Situación geográfica y caracteres.**—La *ciudad de Granada* se asienta al pie de Sierra Nevada, entre dos colinas que, separadas por el valle del Darro, abren sus ojos a la **amplia vega** que el Genil atraviesa. Su mayor longitud de E. a O. es de 4.200 ms., y de N. a S. de 2.300, próximamente, ocupando una extensión superficial de unos 9 kms.<sup>2</sup> **Está situada** entre los 37° 10' y 34" de latitud N. y los 0° 5' y 15" de longitud E. del meridiano de Madrid y su altura sobre el nivel del mar oscila (a causa de los desniveles de su suelo) entre los 662 ms. en el punto más bajo y los 780 en el más alto.

Las colinas que la ciudad ocupa son proyecciones de Sierra Nevada que, en su primitivo estado, debió de ser una sola masa, cortada más tarde por las corrientes en direcciones distintas, formando montes aislados o encadenados entre sí. Tales son los de Cartuja, S. Cristóbal, Albaicín, Alhambra y los Mártires, por los que se extiende gran parte de la población. En segundo lugar se encuentran los cerros de S. Miguel y su continuación el Illipulitano, el del Sol y los de S. Antón. Los primeros

bautismo de los moros; Velázquez recogió en uno de sus más interesantes dibujos los perfiles de su Catedral; Pedro Atanasio Bocanegra pintó una bellísima alegoría del río Darro, existente hoy en el Museo de Córdoba; Juan de Sevilla hizo historia en su cuadro "La despedida de Boabdil" de la misma Real Capilla; Pérez Villaamil y otros dibujantes de su época, como los antes citados, Roberts, Prangey, Lewis, o Doré, especialmente, lograron aquí muchos de sus más atractivos dibujos; Fortuny recogió la impresión difícilmente fácil, pintoresca y luminosa de muchos de sus rincones; Guzmán y Gómez Moreno la de su historia y sus costumbres; Pradilla se inspiró en el hecho de su rendición para uno de sus más célebres lienzos; Santiago Rusiñol recogió en los suyos el aliento romántico de sus jardines, y Darío de Regoyos, Tomás Martín, Sorolla, Muñoz Degrain, y otros muchos más, reflejaron su ambiente y su paisaje, como López Mezquita y José M. Rodríguez Acosta, Gabriel Morcillo y Ramón Carazo algunos de sus tipos y sus esencias espirituales más características.

inmediato y fácil, tendencia manifestada en refranes y modalidades expresivas de su lenguaje.

Estas notas, y el peso de un ambiente cargado de sugerencias estéticas, facilitan entre las gentes de este pueblo el desarrollo de facultades artísticas, creadoras de una tradición que ha llegado hasta nuestros días. Aún a finales del s. XIX, "las clases" altas de Granada—ha escrito el excelente crítico Fernández Almagro—vivían entregadas a la ociosidad; la burguesía no estaba poseída por la fiebre de los negocios, y el bajo pueblo, criado en la "holgura de la labor en las huertas de la Vega, o en "los gratos afanes de la cerámica, la talla, los dulces" o las blondas, era materia bien dispuesta para el "gusto del arte y de las letras." Y así ha sido hasta nuestros tiempos. Pero, ya en ellos, la evolución de Granada ha sido extraordinaria. Se ha desarrollado una actividad que alcanza a todos los aspectos de su vida, se ha ampliado su comercio, acrecentado su industria, comenzado a movilizarse su capital, y, a la quietud arqueológica que amenazaba petrificar este pueblo, ha sucedido una movilidad, que borra el gesto narcisista y estéril de la propia contemplación. Sin embargo, no por ello Granada ha dejado de sentir sobre sí el peso de una historia de la que nunca podrá desasirse. Y la vieja solera granadina aroma hoy los odres nuevos conservando, con instinto certero, el caudal de sus tradiciones y costumbres, especialmente en algunos lugares de la provin-

cia, que las dificultades de comunicación han mantenido aislados durante mucho tiempo. Aún pueden recogerse en algunos rincones del Marquesado y de la Alpujarra viejos cantos y leyendas, y saborear añejas costumbres, en festejos, peregrinaciones y romerías conservadas con sus antiguos perfiles, como la romería del Cristo del Paño en Moclín (4 de Octubre) en la que las muchachas peregrinas, en cumplimiento de alguna promesa, suben a la ermita vestidas de blanco, como si fuesen amortajadas; la del Cristo de Orgiva, o la de la Santa Ermitaña Rosa en Sierra Elvira; la de la Virgen llamada del Pincho en Chauchina; las de Alhendín, Motril, etc.; o fiestas como las de moros y cristianos (muchas ya desaparecidas) de Iznalloz, Huétor Vega, la Zubia, Vélez Benaudalla y Quéntar, u otras ceremonias y costumbres, como la de los “campañeros” de Lanjarón y Cúllar, los “incensarios” de Loja, los “diablillos” de Pinos Puente, los “paños” de Ferreira, etc., etc.

Lo que ha desaparecido totalmente, hace poco tiempo, es el *traje* regional que, en los hombres, era de paño negro con pantalón a media pierna y abierto, dejando ver la blancura del calzoncillo y de la media; chaquetilla corta con aplicaciones de terciopelo, adornada de plateados caireles, y faja, negra también, que ceñía la cintura, cubriendo la cabeza el sombrero llamado “catite”, de negra pana, anchas alas y cónica copa. El traje de las mujeres se com-

es también por entonces cuando comienza a formarse el gran *Corpus* legendario granadino, que inauguran los “Cuentos de la Alhambra” de Washington Irving y que tiene amplio desarrollo en las novelas y las “Leyendas” de Fernández y González, preludiando esta etapa el desbordamiento lírico de José Zorrilla y de sus continuadores e imitadores. Por último—y sin citar las impresiones de viajeros y eruditos que pueden contarse por centenares—Granada ha inspirado en nuestra época páginas y comentarios señalados a escritores y poetas como Pedro A. de Alarcón, Emilia Pardo Bazán, Maurice Barrès, Bernard Shaw, Angel Ganivet, Juan Valera, José Ortega y Gasset, Eugenio d’Ors, Ruben Darío, Gregorio Martínez Sierra, Manuel Machado, Federico García Lorca, etc., etc., y en ella han encontrado su inspiración para muchas de sus composiciones, músicos como Albéniz, Bretón, Debussy, Turina, y el gran Manuel de Falla, gaditano de nacimiento y granadino de adopción.

En cuanto a las artes plásticas, aunque Granada no cuente con un Greco que haya inmortalizado su cielo, ha sido, sin embargo, pródigamente interpretada por escultores, pintores y dibujantes. Aparte las obras que ya hemos indicado, de la Sala de Batallas del Escorial, de Rodrigo Duque en la Catedral de Toledo, de Jorge Hoefnagel, etc., Felipe de Vigarny talló en el retablo de la Capilla Real granadina el suceso de la entrega de la ciudad y el del

hecho de Leandro Fernández de Moratín, y obras musicales, como “L'exule de Granata” de Meyerbeer, “Isabel la Católica y la conquista de Granada” de Arrieta, la ópera de Farinelli “La toma de Granada” o “El Suspiro del moro” de Chapí, aparte cien y cien más que sería fatigoso enumerar.

Asuntos o personajes granadinos inspiraron también a nuestros autores y a los extranjeros: la figura de S. Francisco de Borja, sirvió de tema a las obras de este título de Diego de Calleja y de Melchior Fernández de León, como la de S. Juan de Dios lo fué para la de Fajardo Acevedo “San Juan limosnero, gran padre de los pobres” y los mártires de Guadix y los del Japón para las de Montalván y Mira de Amezcuea, respectivamente, entre otras muchas.

Para el romanticismo, Granada constituyó uno de los más intensos puntos de atracción, si bien, sus interpretaciones deforman a veces su fisonomía o la de su historia, con rasgos de falso y adobado orientalismo (“Zoraida” de Nicasio Alvarez de Cienfuegos, “Aben-Humeya” y “Moraima” de Martínez de la Rosa, “Aliatar” del Duque de Rivas, etc.) Victor Hugo, Alejandro Dumas, Chateaubriand, Teófilo Gautier... le dedicaron buen número de sus páginas más entusiastas y no hay pintor ni dibujante de aquel tiempo que no llegue a Granada deseoso de reproducirla o interpretarla (David Roberts, Girault de Prangey, Lewis, Viviani, Doré, etc.) Y

ponía de amplio refajo rojo con listas negras, o de tonos oscuros con bordados de colores en su parte baja; corpiño liso; pañuelo de medio talle, por lo general marrón estampado de flores, caído en pico por la espalda, apretando los hombros y cintura, y, como remate de la figura, un peinado liso y tirante, con grueso moño recogido en la nuca.

En cuanto a la capital, todavía perduran en ella costumbres, tan populares como la de los clásicos “mecedores” que, en los meses de Enero a Marzo, llenan con la alegría de sus coplas, que son de lo más bello del folklore de la región, los aires de las huertas y la Vega; o el juego de las “pasaderas” que tiene por escenario el cauce del río Darro; o las castizas “verbenas” de los días de la Cruz, S. Juan, S. Pedro o del Cristo de la Yedra, y de las ferias del mes de Septiembre, en las que, mozos y mozas del pueblo, ataviadas éstas con mantoncillos andaluces, bailan en patios y plazas alumbrados con alegres y abigarradas iluminaciones, bajo las cuales marcan su ritmo nervioso las “danzas gitanas” y quiebran la cadencia de su acento la “granadina” y la “media granadina”, hijas menores de nuestro cante jondo. De todos estos y otros muchos festejos, prolijos de enumerar, destacan en primer término los del *Corpus Christi*, que son los oficiales de la ciudad, instituidos por los Reyes Católicos a raíz de la conquista, y cuya fecha de celebración varía, pues ha de coincidir, exactamente, su comienzo, con

el día mismo del Corpus, en el cual se celebra la tradicional procesión que, con la de Toledo, son las dos más fastuosas de España. Este fausto lo comparte la *Semana Santa*, durante la cual desfilan numerosas cofradías que pasean por la población bellísimas imágenes, de lo más noble y sentido de la estatuaría andaluza, obras de Montañés, de Pedro de Mena, de José de Mora y de Torcuato Ruiz del Peral...; fiestas éstas impregnadas todas de alientos populares, como lo están otras muchas, en su mayoría de carácter piadoso: tales, la tradicional subida al Sacro Monte el día 1 de Febrero, festividad de S. Cecilio, patrón de Granada y primer Obispo de ella, la romería al cerro de S. Miguel el 29 de Septiembre, etc., y junto a ellas, devociones tan fervorosas y tradicionales como la semanal visita de los Viernes al Cristo de los Favores, o la que tiene aire de peregrinación diaria al templo de la Virgen de las Angustias, Patrona de la ciudad, al que acuden infinitas personas, de 6 a 8 de la tarde.

En esas horas, el movimiento de la población se centra en la Carrera del Genil, Acera del Casino, calles de Reyes Católicos, Zacatín, Mesones y Gran Vía, que son, a su vez, los más importantes núcleos de la vida comercial granadina, cuyo punto de convergencia es la Puerta Real. La atracción de la Alhambra—monumento y paisaje—lleva a aquellos palacios y alamedas gran cantidad de gente, extranjera en su mayoría, invadiendo la multitud jar-

como había escrito en uno de sus más famosos romances D. Luis de Góngora que halló no pocos motivos de inspiración en esta ciudad, como los encontraron S. Juan de la Cruz, Soto de Rojas, Trillo Figueroa, Vicente Espinel, Gregorio Silvestre, Pedro de Espinosa y cuantos escritores y poetas integraron las famosas Ácademias granadinas de los siglos XVI y XVII y, sobre todos ellos, el genio lírico y dramático de Lope de Vega.

Porque, para la dramática, el nombre y la historia de Granada fueron rico veneno explotado por los autores de todos los tiempos, y al que Lope acudió frecuentemente, de tal manera, que constituyen serie bien nutrida sus comedias de tema granadino (“El hijo de Reduán”, “El hidalgo Bencerraje”, “Santiago el Verde”, “Pedro Carbonero”, “La envidia de la nobleza”—quizá la mejor del grupo—“El remedio en la desdicha”, “El cerco de Santafé”, “Los hechos de Garcilaso y moro Tarfe”) tema cultivado también por Calderón de la Barca (“Tuzani de la Alpujarra”, “Amar después de la muerte” con temas moriscos alpujarreños). El hecho de la conquista y los episodios de la lucha que la precedió y la sucedió fueron, asimismo, asunto de multitud de obras hasta nuestros días, como “La conquista de Granada” de Antonio Fajardo Acevedo, y la del mismo título de Simón Layusa; “Hernán Pérez del Pulgar” de Francisco Martínez de la Rosa; “El sitio de Granada” de Bullver Lython, el romance sobre este

con su instinto poético animador de la Historia, recoge en sus "Guerras civiles de Granada" la más rica colección de romances de tema granadino, ya antiguos o fronterizos, ya reformados por él, de los contenidos en la "Selección" de Sepúlveda, en el "Cancionero de Amberes", en la "Silva de varios romances", en la "Rosa española" de Juan de Timonecla, en la "Flor de varios romances" de Pedro de Moncayo o en el "Romancero general", en los cuales la vida de los últimos tiempos del reino granadino se mueve ante nosotros con toda su animación, su inquietud y sus colores...

Son también entonces para Granada los mejores comentarios de Luis del Mármol y de D. Diego Hurtado de Mendoza, que a la guerra de los moriscos dedican sus dos más célebres obras, lucha a la que el cordobés Juan Rufo consagra parte de su poema "La Austriada", elogio del vencedor en ella, al que Fernando de Herrera dedicó, asimismo, una canción. Constantes alusiones a Granada y sus bellezas encierran, igualmente, las páginas del "Carlo Famoso" de Juan de Zapata, "El Diablo cojuelo" de Luis Vélez de Guevara, y el "Viaje entretenido" de Agustín de Rojas Villadrando, para quien Granada fué "fertilissima tierra" y, en su tiempo, "la mejor de España... lugar por el que se pueden olvidar todos los del mundo".

Ciudad, a pesar del tiempo,  
tan populosa y tan grande  
que de sus ruinas solas  
se honraran otras ciudades!

dines y paseos, especialmente en los días festivos en que la visita al monumento es gratuita.

Un agudo contraste con la población moderna ofrece el Albaicín, que produce la impresión de una ciudad del siglo XVIII. Aislado en lo alto de una colina, cruzado por estrechas y retorcidas callejas, que no permiten la circulación de coches ni automóviles, la vida tiene allí un ritmo lento, sin que la turbe el menor ruido. Hasta sus habitantes, en una gran parte, parecen sentirse desligados del resto de Granada a la que muchos no visitan durante meses y aún años enteros, pues aquel barrio cuenta con todos los medios precisos para su subsistencia. Sembrado de típicos rincones y de casas menudas y muy características, el Albaicín ofrece uno de los más interesantes aspectos de esta Andalucía inmóvil y callada que Granada encarna exactamente, como si su vida se hubiese paralizado ante la impresionante belleza del paisaje, al que el Albaicín abre sus ojos desde sus mil variados rincones y desde el recato íntimo y oloroso de sus "cármenes"—casa y huerto en íntimo maridaje—evocadores de la Granada que vivió ocho siglos bajo el signo del Islam.

**Vida cultural.**—En la época árabe, la Madraza granadina, fundada por el rey Yusuf I, fué uno de los centros donde la ciencia islámica occidental tuvo su última y brillante floración. Al ser conquistado el reino, sus nuevos dominadores se esforzaron por difundir en él su lengua y su cultura, a cuyo

fin fundaron escuelas y colegios que, con la Universidad, establecida con los honores de real y pontificia, en 1526, por el Emperador Carlos V, sustituyeron aquellas actividades espirituales musulmanas por otras de tipo europeo que, en algunos períodos, lograron lucido desarrollo y contaron con famosos maestros. Absorbida hoy por la capital toda la vida de la región, su movimiento cultural se centra en su Universidad Literaria, que cuenta con cinco Facultades: Derecho, Medicina, Farmacia, Ciencias y Letras y una Escuela de Estudios Arabes, filial de esta última. Tiene, además, Granada, dos Institutos de Segunda Enseñanza, Escuelas Normal de Maestros, de Artes y Oficios, de Comercio y de Trabajo; Seminario; Conservatorio de Música; Academias de Bellas Artes y de Medicina; Sociedades culturales, como la Económica de Amigos del País (con enseñanzas para la mujer) y el Centro Artístico, y numerosas asociaciones de carácter profesional, a más de interesantes Archivos y Bibliotecas (Chancillería, Universidad, Seminario, Sacro Monte y la colección particular del Duque de Gor, muy rica en incunables y manuscritos) y Museos Arqueológico, de Bellas Artes y de Turismo, elementos todos que hacen de esta ciudad un gran centro cultural que, por otra parte, ofrece a los que deseen trabajar en ella excelentes lugares de educación y alojamiento, como Colegios mayores universitarios, residencias

de señoritas, institutos y pensiones escolares recomendables.

**Granada en la Literatura y en el Arte.**—De “buena patria” calificó Cervantes la tierra granadina, en cuyo término situó parte de la acción de su “Coloquio de los Perros” y cuya *rondilla* conoció el ventero del “Quijote”, por haber ejercitado allí la ligereza de sus manos. Pero, antes que a Cervantes, había impresionado esta ciudad a viajeros, escritores y artistas que, desde la antigüedad, le dedicaron sus elogios o buscaron y hallaron en ella inspiración.

Imán para los comentarios y dispersiones sentimentales del pueblo árabe—uno de cuyos hijos, Aben Aljatib, le dedicó muchas de sus páginas más apreciadas—el nombre de Granada, su historia y sus bellezas, tuvieron cobijo en las múltiples y, hasta hoy, poco conocidas relaciones de viajeros y poetas, y mil veces se la encuentra mencionada en el “*Romancero*”, ya con tono de guerra, ya sirviendo de fondo o escenario a las más variadas historias de amor. Al conquistarla los cristianos, su fama se extendió por el mundo, y una de las primeras voces que se alzaron, cantando este hecho, fué la de Juan de la Encina, quien dedicó una égloga al suceso:

¡Oh, Granada noblescida,  
por todo el mundo nombrada,  
hasta aquí fuiste cativa  
y agora ya libertada!

Sustituye entonces en los romances el tema morisco al canto de frontera, y Ginés Pérez de Hita,

ron en grande, hacia la sexta centuria, fecha que acusan los más viejos restos de la alcazaba granadina, que nada tienen de obra clásica, ni por su carácter ni por su estructura. Hay que fijar aquí, por consiguiente, la aparición del primitivo recinto de esta ciudad. Al Foro iliberitano sucede el castillo visigodo, que lo cerca de murallas. Desde ahora, la vida civil de Iliberis no va a tener ya punto de reposo: el antiguo Municipio de Roma se transforma, y ha de seguir siéndolo mucho tiempo, en una gran fortaleza, en un gran centro militar.

Mantuvo, pues, Granada, bajo el dominio de los visigodos, el privilegio de capitalidad de la provincia a que dió nombre y el rango de gran ciudad que tuvo en tiempos romanos, aumentado ahora, al crecer su valor militar y disminuir la significación de otras poblaciones del Imperio, cuya prosperidad y riqueza deshizo la invasión bárbara. Una de estas poblaciones era la de *Castilia*, situada a unos 10 kilómetros al O. de Iliberis, cerca del actual pueblo de Atarfe y al pie de la sierra que, más tarde, se llamó de Elvira. De su importancia entre los romanos testifican los restos hallados en aquellos lugares—un gran cementerio, un gran acueducto, etcétera, etc.—y, aún debía ser más viejo su abolengo, porque su nombre acusa procedencia ibérica. La segunda población que compartía con Iliberis la

tierra de su asiento era *Garnata* o *Granata*<sup>1</sup>, más bien barriada de aquélla, que población autónoma, ocupada por una numerosa colonia de judíos, por lo que se la nombró “Garnatha alyehud”, o sea, Granada de los judíos,alzada en la colina fronterade la alcazaba de Iliberis, de la que la separaba elcauce del río Darro, y a la que, por su especialsituación, fortificarían los visigodos para mejor defensa de su territorio y más seguro dominio de sus habitantes.

Tenemos, pues, que en el ámbito de la Granada actual y en sus tierras más inmediatas existieron, desde remota antigüedad, tres importantes ciudades: *Castilia*, *Garnata* e *Iliberis*, la última de las

## GUIA DE LA CIUDAD

---

<sup>1</sup>. Las mismas fábulas que oscurecen el nombre de Granada se han mezclado con la interpretación de ese nombre, que ya vimos que enlazaban algunos con el de la hija de Noé, Grana, o con el de la de Hércules, Granata, o también, como consigna Hurtado de Mendoza, con la leyenda del Conde D. Julián, haciéndolo proceder de *dar-Nata* o cueva de Nata, por una que existió próxima al castillo de Bibataubin o en la calle de S. Juan de los Reyes y señalada como refugio de la hija del Conde visigodo. Para los que pensaban que Granada fué fundación de judíos, su nombre derivaba de Garanath, que Arias Montano interpretó por “colonia de peregrinos” y, siguiendo el camino de las interpretaciones orientales, otros lo hacían nacer de la voz persa *gar*, castillo, ciudad fortificada y de *nata*, cosa superior, sobresaliente, elevada, apoyando su teoría en la existencia de una población llamada Nata, que se supone estuvo en el recinto de la actual Alhambra. Luis del Mármol, en cuyo tiempo se denominaba a un castillo de la Alcazaba del Albaicín, castillo de Hernán Román, cambió—con alambicado criterio erudito—este nombre por

hasta límites insospechados. Granada sigue siendo, como lo fué para Gautier, “una de esas Jerusalenes celestes que brillan bajo un sol de oro en las lejanías azuladas”.

cuales daba nombre a toda la comarca y tan cercana una de otra que, al ocurrir la invasión musulmana, un solo golpe bastó para hacer caer a las tres bajo el dominio de los invasores.

Llegaron los *árabes* a España el año 711 y, una vez conquistada Ecija, Tàric envió contra Iliberis un cuerpo de ejército que la sometió por fuerza de armas, quedando dueña de ella los musulmanes, ayudados por aquella población judía que, desde el primer instante, fué su aliada, por odio a los cristianos visigodos. Pero, esta sumisión de Iliberis duró bien poco, pues pronto se rebeló, tomando venganza en los judíos, quienes, el año 713, tuvieron que pedir auxilio a Muza y éste envió a presentárselo a su hijo Abdelali, sometiéndose entonces

---

el de Hizn Román que, en árabe, significa castillo del granado y, desde entonces, se generalizó la opinión de hacer proceder de ahí el de la ciudad, hasta que, modernamente, y aún los propios autores árabes, nos enseñaron que Granada o Granata era nombre hispano-latino que significa esa fruta, pronunciado Garnata por los musulmanes a causa de la aversión del oído de éstos a la concurrencia de dos consonantes. Qué razón hubiera para sustituir con el de Garnata el nombre de Iliberis o Ilbira, no lo sabemos. El geógrafo árabe Yacub dice que debido a su hermosura y como queriendo dar a entender con ello a lo que Granada se parece, pues vista desde una altura la ciudad, con sus casas rojas, sus calles y sus plazas, se asemeja a una granada abierta. En todo caso—dice Dozy—me parece que *Granada* no ha sido otra cosa que un sobrenombre popular aplicado a la ciudad antes de que llegasen a ella los árabes, que solo con este nombre debieron conocerla, aplicando el de Ilbira (la vieja Iliberis) a la totalidad de la comarca o provincia.

definitivamente toda la tierra de Iliberis, que los árabes pronunciaron Libira y, más generalmente, Ibira, nombre convertido por los españoles en Elvira, que se extendió a toda la provincia, dándose el de Medina Elvira a la capital o “hádhirá” que sólo radicó en Granada durante los primeros años de la dominación, en los cuales estuvo confiada su vigilancia a una guarnición mixta de hebreos y musulmanes y se desmanteló su primitiva y antigua Alcazaba, para hacer imposible toda resistencia de los naturales. Dominada por los árabes la comarca y establecida en ella la división o colonia militar de Damasco, en Castilla fijó su cuartel general que fué uno de los más poderosos elementos de ayuda con que contó, al desembarcar en España, el omeya Abderramán que, dueño del trono, corvirtió a Castilla en capital del territorio. Desde entonces, creció la importancia de esta ciudad que llegó a ser uno de los primeros centros culturales del Islam español, alzándose en ella numerosos edificios, de los que destacaba la Mezquita en la que se congregaban los árabes de las alquerías de la vega, de todos los contornos de la vieja Iliberis y de su arrabal Garnata que, a partir de aquí, quedó reducida a lugar secundario en la provincia.

Pero, Castilla o “hádhirá” Elvira era ciudad agrícola e indefensa, cuya situación no garantizaba el seguro dominio del territorio a los musulmanes y éstos hubieron de volver su atención hacia la antigua capi-

junto a la casa morisca,, se alzaba una portada renacentista, o, junto a los tapiales del jardín de un convento, ponía su nota de color una fachada pintada del s. XVIII.

Pero, aun faltaba que la pasión y una barbarie nueva despojases de algo más a Granada, y, en estos últimos años, la revolución atenta de continuo contra su tesoro religioso y monumental y hace desaparecer, entre llamas de incendio—aparte otros edificios de interés menor— las Iglesias de S. Nicolás, de S. Luis, del Salvador y de Santo Tomás de Villanueva...

Sin embargo, Granada parece inagotable, y la ciudad que, como florecida con la aurora, se alzó sobre el crepúsculo musulmán, aún señorea en el mundo con su conjunto de monumentos y paisaje que la hacen única e incomparable. Y mientras la actividad moderna da vida a nuevos núcleos fuera de sus antiguos límites, y su centro se desplaza por efecto de ese crecimiento, sus viejos barrios del Albaicín y la Alcazaba, del Realejo y de la Alhambra, quedan reducidos a su historia, aislados sobre las dos colinas en que se asientan, ofreciendo al visitante la pureza no enturbiada de su carácter y su espíritu, entre la maravilla de luz sin igual que, al quebrar sus rayos contra las nieves de la Sierra o los verdes jugosos de la Vega, o las doradas piedras de los palacios de la ciudad, multiplica sus tonos y afirma sus matices

do. Pero, llega un instante en el que ya, éste, tampoco es respetado. Las revoluciones de mitad y de final de siglo hacen desaparecer conventos y monasterios, como los de la Victoria, Capuchinos, S. Agustín, la Santísima Trinidad y el Carmen; dejan mutilados otros, como los de S. Francisco y Santo Domingo; o derriban Iglesias de tanto valor como la de S. Gil y, completando esta obra destructora, la incomprensión y la ignorancia de los directores de la ciudad deshacen monumentos como la Puerta de Bibarrambra y parte de la de Elvira, a la vez que, por efecto de incendios casuales, se pierden parte de la Alcaicería y la gran Casa de los Miradores, obra de Diego de Siloe... Para formarse idea de lo que, en esa época, desapareció, léase un trabajo que, en 1884, publicó D. Manuel Gómez Moreno, con el título "Breve noticia de los monumentos y obras de arte que ha perdido Granada en lo que va de siglo" y se comprenderá su cantidad y su valor. Pero, a partir de ahí, un deseo insensato de modernizarse ocasiona en Granada nuevos destrozos. Una generación, improvisadamente enriquecida, invade la ciudad y la despoja, con su falta de espíritu, de muchos de sus viejos valores, y la marca con su huella ramplona en las obras que emprende. Y las reformas de los años finales del siglo deshacen mucho de la ciudad vieja, al abrir la Gran Vía, cuyo trazado acabó con lo que fué barrio de la Mezquita mayor, con sus típicas callejas y sus característicos rincones, en los que,

tal de la provincia que les ofrecía esas seguridades, gracias a su especial emplazamiento y a sus magníficas defensas, sobre cuyos restos, ya a mediados del s. VIII, había reconstruido la antigua alcazaba, el Gobernador de Elvira, Ased ben Abderramán el Xeibani, siendo posible que, hacia entonces también, se rehicieran la alcazaba de la Alhambra y el castillo de Torres Bermejas. De este modo, comienza a perfilarse la silueta que había de caracterizar luego a Granada, delimitada, como continuación del pasado, por los dos núcleos fundamentales que constituirían la futura gran ciudad árabe, ambos separados por el valle del Darro y coronando, como hoy, las dos colinas del Albaicín y de la Alhambra.

Centro de choque esta ciudad en las luchas entre mozárabes y muladíes y los árabes dominadores, su evolución quedó paralizada, creciendo, en cambio, su importancia militar, gracias a sus admirables posición y defensas, y aunque la pacificación impuesta por Abderramán III hizo gozar a los granadinos de unos años de reposo, estas luchas habían devastado la ciudad de Elvira que, en decadencia ya, al advenir los disturbios que prepararon la caída del Califato cordobés, quedó, al fin, totalmente destruida (1010), dividiendo a sus habitantes—como escribe Aben Hayyan—la peregrinación y la ausencia.

Zavvi ben Ziri, fundador de la dinastía que erigió a Granada en reino independiente (1013), comenzó a residir en esta ciudad y a ella empezaron a emigrar

los habitantes de Elvira, quienes, totalmente, abandonaron esta última en el reinado del segundo de los ziríes, Habus ben Maquesen (1019-1020), el cual, oficialmente, trasladó a Granada su corte, convirtiéndola en capital del distrito, a la que invitó a acudir a los vecinos de otras ciudades, ofreciéndoles, para acrecentar su población, tierras con exención de tributos. Entonces comenzó para Granada un período de engrandecimiento, durante el cual se fortificó de nuevo su antigua Alcazaba, ampliada y fortalecida otra vez por el hijo y sucesor de Habus, Badis (1037-1073), en cuyo largo y próspero reinado, a más de la ampliación de estas fortificaciones, que alcanzaron hasta la ribera del río Darro, se construyó, en el sitio nombrado Vistillas de San Miguel, un suntuoso palacio—el llamado Casa del Gallo—que, según Aben Aljatib, no admitía comparación con ningún otro en tierra de moros ni de infieles. Entonces también se pobló hasta la calle de Elvira la ladera del monte en que el palacio se asentaba, con los soldados de la tribu de los zenetes, puestos allí para guarda de su residencia por el rey Badis, se alzaron varias mezquitas, se construyeron aljibes y baños—alguno de éstos tan importante como el de la puerta de Guadix o Bañuelo—una macbora o enterramiento, el puente del Cadí, obra del cadí del propio Badis, para comunicar la ciudad con la Alcazaba de la Alhambra y, en fin, se hicieron otras muchas edificaciones que hermosearon los barrios de Badis y de los Morabitos, de la

y desmayadamente, en conventos como los de S. Basilio y Santiago o en el castillo de Bibataubín, hasta que, vencido ese espíritu, el arte se entrega a la frialdad neoclásica, siquiera esta produzca entonces obra tan espléndida como el palacio del Conde de Luque.

Al iniciarse el nuevo siglo, ese ritmo creador ha de paralizarse. El XIX, es más un siglo de destrucción que de crecimiento. La invasión francesa quiebra con sus fuegos el recinto de la Alhambra, despoja a la ciudad con sus rapiñas de numerosas obras de arte, deshace la torre de la Iglesia de S. Jerónimo y, a cambio de ello, solo eleva construcciones tan pobres como el puente Verde o el Teatro del Campillo. Agotado el país, material y espiritualmente, no hay ya en él alientos para las grandes fundaciones: a las Iglesias monumentales suceden modestas Ermitas, como la del Cristo de la Yedra o la de S. Miguel; a los grandes monasterios, conventos pobres como los de S. Bernardo o el Angel; a las instituciones suntuosas, la modestísima de las Hermanitas de los Pobres, los Mercados, la Facultad de Medicina o las Factorías militares, obras adocenadas y mezquinas, y solo hacen su aparición rumbosa, una nueva Plaza de Toros, que llega a sustituir a la derruida de la Real Maestranza, y un nuevo Teatro, el de Isabel la Católica, aparte algún que otro monumento de no muy feliz traza.

Esta pobreza de crecimiento amengua el tono de la ciudad, que tiene que reducirse a vivir de su pasa-

tonces también cuando el crecimiento de su población hace necesaria la ampliación de su radio y cuando van apareciendo barrios nuevos, como el de la Magdalena, en el que se agrupan, principalmente, los asturianos; y los de las Angustias y S. Ildefonso y parte de los de S. Matías, Santa Escolástica, S. Cecilio y S. Justo. Y, en correspondencia con el florecimiento literario y artístico de nuestro s. XVII, que en Granada luce sus mejores galas, en el verso sutil y gongorino de Soto de Rojas y de sus compañeros, o en el fuego arrebatador de los lienzos y las tallas de Alonso Cano y su escuela, crecen las piadosas fundaciones y surgen para albergarlas edificios como el del Sacro Monte o Iglesias como las de Santa María de la Alhambra, las Angustias y la Cartuja; fachadas triunfales como la de la Catedral; conventos como los de S. Antón, las Agustinas, las Carmelitas descalzas, Gracia o la Concepción; beaterios como el de Santa María Egipciaca; colegios como el de S. Bartolomé y Santiago; hospitales como el de S. Juan de Dios y monumentos como el del Triunfo de la Inmaculada... Y, aunque al llegar el s. XVIII, todo comience a decaer, todavía sacude a Granada ese aliento barroco que ha animado su vida dos siglos y que, en un último y esplendoroso estremecimiento, reaparece en obras como las del Sagrario, Sacristías de la Cartuja y de la Catedral, fachada del antiguo Ayuntamiento, portada de la Colegiata e Iglesia de S. Juan de Dios y, más pobre

Cauracha y de los Axares, extendidos al amparo de la ampliación amurallada del recinto, obras, en su mayor parte, debidas a Abu Muamil, visir del rey Abdallah ben Boloquin (1073-1090) iniciador, además, de otras de ingeniería tan importantes como la de la acequia de Alfacar, que surtió de agua aquellos contornos. Así, se ennoblecía y ampliaba la ciudad, que, limitada, al comenzar el s. XI, casi tan solo a sus defensas militares, y escasamente poblada, aumentó considerablemente, en menos de un siglo, ensanchándose su perímetro con nuevas construcciones, derramándose por el pie del cerro que luego se llamó Albaicín y abriéndose paso, por el de la Alhambra, hacia la llanura. El año 1090, el nieto de Badis, Abdallah ben Boloquin, terminó su reinado, y con él se extinguió la dinastía zirí, derrocada por los almorávides que, cuatro años después de la victoria de Zalaca, incorporaron este reino a sus dominios. Creció entonces, nuevamente, el valor militar de Granada, llegando a ser tan alto, que uno de los jefes almorávides—Aben Ghanya—se cuenta que decía: “El Andalus es como una adarga, cuya abrazadera está en Granada; tened bien fuertes las correas y la adarga no escapará de vuestras manos”. A pesar de que la dominación almorávide se caracterizó, principalmente, por una dura persecución de los cristianos, a los que destruyó la suntuosa Iglesia que se alzaba en el campo del Triunfo, no se paralizó el desarrollo de la ciudad, que vio elevarse enton-

ces una gran mezquita y unos baños y realizarse nuevas obras de embellecimiento, como la famosa alameda de Muamil, el Visir del último rey zirí, enclavada en el barrio de los alfareros y extendida, en dirección a la Vega, al pie del cerro de los Mártires que, por entonces también, se pobló de huertos y jardines.

Ese crecimiento, y el que le sucedió al ocuparla los almohades, en los comienzos del s. XII, pese a las duras y continuadas luchas de que Granada fué escenario en tal período, así como a las vicisitudes porque pasó, al hallarse unas veces en manos de los almorávides y otras en las de los almohades, aumentaron su importancia, hasta que, totalmente dominada por estos últimos y gobernada por príncipes de la dinastía de Marruecos, que rivalizaban en boato y grandeza, su perfil quedó definitivamente trazado. Al finalizar el s. XII y comenzar el XIII, Granada era ya una gran ciudad, embellecida por numerosas edificaciones nuevas, que ampliaron su radio urbano hasta la misma vega y extendieron a ella las suntuosidades de la Corte, engalanada con las primicias de un arte que anunciaba ya venideros esplendores. Uno de aquellos gobernadores, Abu Ibrahim Isac, que la rigió, de 1216 a 1222, elevó una magnífica residencia a los bordes del Genil, abrió canales, plantó jardines, construyó colegios y mezquitas y renovó las fortificaciones de la Alcazaba, cuyo perímetro creció, en 1227, al llegar los habitantes de Baeza que

que opone, al oro de ellas, la blanca espuma de su triste fracaso que, a pesar de él, sigue dando tono, por espacio de muchos años, a palacios y casas de la ciudad en los que late el recuerdo de lo musulmán sobre las formas de Castilla.

Pero, la sublevación morisca de 1568 y la consecuente expulsión de los hombres de esta raza, adormece el recuerdo de lo arábigo y en la Granada que en esos años se agita y crece son ya el Renacimiento y el Barroco los que imponen decididamente sus normas y los que dan el tono ciudadano y la tiñen con sus más variados matices. Frente a la casa morisca domina ya el palacio renacentista; frente al carmen la casa barroca; frente a la Iglesia de ladrillo rojo o blanca de cal, la Iglesia de piedra con portada de rotos frontones, cuyo interior se entona con el fausto dorado de los grandes retablos, y cuando media el s. XVII ha cuajado en Granada, con personalidad inconfundible, la expresión nueva urbana, la silueta decisiva de una ciudad barroca, con profundas perspectivas abiertas al paisaje, en la que las luces y las sombras valoran masas y perfiles, en contraste con los amontonamientos de las construcciones musulmanas que marcan estrechas callejas para dar paso a sus interiores de luz. Por contraste con la ciudad mora—abierta hacia adentro, con paisajes interiores—la nueva ciudad barroca se abre hacia afuera, en una entrega total al paisaje con el que Granada forma una estrecha unidad. Es en

de las severas Iglesias de S. Juan de los Reyes y S. Matías; de los palacios de Carlos V, Abrantes, Curia, Fernández de Córdoba, los Tiros, Castril y Chancillería, y de las grandes instituciones, como el Hospital Real, la Lonja, los Miradores y la Casa de Agreda..., edificios todos alzados en amplias plazas o en nuevas calles, que animaban, con su monumentalidad y sus ruidos, pilares como el de la plaza Nueva o el del Toro y que matizaban de italianismo jardines de recortado boje empenachados de altos y verdes cipreses, que dominaban con su señorío a los frutales humildes y policromos de las huertas y de los cármenes musulmanes.

Granada desarrolla en aquellos días una actividad espiritual inusitada. Las obras de la Capilla Real son el centro de atracción del núcleo más selecto de artistas extranjeros que entonces trabaja en España—los Florentín, Fancelli, Vigarney, etc.—y de los más famosos españoles—Bartolomé el rejero, Ordóñez, Berruguete, Machuca...—y cuando Carlos V traslada aquí su Corte y en la Alhambra fija su residencia, Granada atrae hasta ella gentes de todo el mundo al pensar en hacerla el Emperador asiento de su dinastía elevando el gran Palacio que lleva su nombre en medio de los jardines de la Alhambra, donde Andrea Navagiero y Juan Boscán fraguan la introducción de las formas italianas en la Literatura española a la sombra de aquellas piedras imperiales alzadas junto a la gracia vencida del Alcázar moro,

dieron nombre a este lugar y que, juntamente con los llegados de otros puntos de Andalucía, empujados por las conquistas cristianas, aumentaron la población extraordinariamente. El literato cordobés Mohammed el Secundí, que floreció en los finales del s. XII y cuya vida alcanza hasta el año 1231, escribía de ella lo siguiente: "Granada es el Damasco" de Alandalus, pasto de los ojos y elevación de las "almas. Tiene una Alcazaba inexpugnable, de altos "muros y edificios espléndidos. Se distingue por la "peculiaridad de su río, que se reparte por sus casas, "baños, zocos, molinos exteriores e interiores y jar- "dines. Dios la ha adornado colocándola en lo alto de "una extensa vega, donde los lingotes de plata de los "arroyos se ramifican entre la esmeralda de los árbo- "les. El céfiro de su Nesched, y el bello panorama "de su Havvar encantan ojos y corazones sutili- "zando las almas. Todo es en ella nuevo y peregrino."

Y más nuevo y peregrino aún había de ser lo que en ella crearan los nazaríes, la dinastía que reunió bajo su cetro, en 1228, los restos dispersos del mundo islámico español.

Cabeza de la nueva dinastía y del nuevo reino, Granada llegó a ser entonces una de las más ricas y populosas ciudades de Europa, en la que se desbordó el fausto decorativo de un arte que, en solo dos siglos—XIII al XV—ofrece una de las más fastuosas y rápidas evoluciones de la historia.

Bajo Alahmar (1238-1272) primer monarca y

fundador de la dinastía, se elevaron las primeras construcciones, que habían de hacer de Granada una ciudad excepcional, en la que paisaje y monumentos formaron unidad tan armónica e indestructible, que el perfil que de ella dibujaron los nazaries puede decirse que, en sus líneas esenciales, es el mismo que ha llegado hasta nosotros. En la más alta de sus colinas y al amparo de su vieja fortaleza, Alahmar emplazó sus palacios; frente a ellos, en el cerro del Albaicín, asiento que fué de los ziríes, un pueblo activo y trabajador se entregaba, en sus huertas y cármenes, a los afanes de la cerámica y de los tejidos, industrias que eran el orgullo de la artesanía musulmana; y al pie de estas colinas, al amparo de las murallas que guarnecían la parte baja de la ciudad, se desarrollaba toda la actividad mercantil e intelectual de este pueblo. De una parte, dominándolo, y como vigía constante de él, la fortaleza, el palacio real y las residencias cortesanas; de otra, el Albaicín y la Alcazaba, centros de artesanía y los núcleos urbanos más populosos, y ambas unidas por el gran puente que salvaba el río Darro; y, a un lado y otro de éste, que cruzaba la parte llana de la ciudad, las grandes industrias y las alhóndigas y aduanas, los baños y la gran Mezquita, las plazas para las fiestas populares, los hospitales y la Madraza, ocupando la planicie que miraba a la Vega a través de las grandes puertas de su muralla, abier-

e Iglesia de S. Justo, y que, torciendo por la calle de las Escuelas y plaza de la Trinidad, paralelamente a la Pescadería, y continuando por la Puerta Real, Acera del Casino y Campillo, subía al Cuarto Real de Santo Domingo y puerta del Pescado, para enlazar con la de los Molinos que conducía a la Alhambra, cuyo recinto quedaba unido, en dirección contraria, al del Albaicín. Fuera de tales límites generales, lo demás de Granada es posterior a la reconquista, dando idea de esa disposición y del crecimiento de la ciudad, hasta 1596, la "Plataforma" de Ambrosio de Vico, trazada en aquella fecha, siendo una de las primeras ampliaciones realizadas la del barrio de S. Lázaro, poblado por disposición de los Reyes Católicos, y en el cual se construyeron cuarteles para una guarnición vigilante de los moriscos. Así fué surgiendo, en el s. XVI, una Granada nueva, en la que aparecían mezclados el recuerdo de lo musulmán y el brote inicial de lo renaciente y unidas las artes de vencedores y vencidos, en esa fusión admirable y originalísima del arte morisco. Es, la de entonces, la ciudad del Albaicín y de los Axares: de las casas y de los cármenes albaicíneros; de las Iglesias—mitad moras, mitad cristianas—de S. Cristóbal, S. Nicolás, S. José, S. Luis, S. Cecilio, la Merced, S. Miguel y Santa Ana... y, a la vez, la gran ciudad renacentista de la Real Capilla y de la Catedral; de los grandiosos monasterios de S. Jerónimo y la Cartuja vieja, Santo Domingo y Santa Isabel;

go de tributos, y para aquietar a los vencidos se concedió al reino la merced de no establecer en él la Inquisición hasta pasados cuarenta años. Entonces, volvieron a ser sedes episcopales Almería, Málaga y Guadix, y se dotó a Granada de Arzobispado, Chancillería, Capitanía general y Municipio en el **que, al** principio, tuvieron los moros representación que, al iniciarse los trastornos religiosos, fué suprimida; y desde el primer instante se establecieron monasterios e iglesias; obras pías para la dotación de doncellas y pobres vergonzantes; asilos y hospitales para desvalidos, peregrinos, incurables, leprosos y locos, llegando a ser algunas de estas fundaciones de las más perfectas de Europa, culminando unos años más tarde esta labor benéfica en la institución de la Hermandad hospitalaria que el alma heroica de S. Juan de Dios estableciera. Igualmente, se crearon escuelas, en gran parte dedicadas a la educación de los moriscos y difusión de la moral cristiana, y diversos Colegios, germen de la Universidad que, en 1526, fundaba Carlos V. A la vez que se iban desarrollando estas actividades, la población se extendía fuera de sus viejas murallas, en dirección al campo, creciendo extramuros de la musulmana, cuyos límites, al ser conquistada, venían a ser, por el N.O., el camino de S. Antonio; por el O., el Convento de la Merced y puerta de Elvira y, desde aquí, aproximadamente, una línea que corría por la calle de la Tinajilla hacia el Boquerón, convento de la Encarnación

tas a caminos y actividades que daban nombre a cada una de ellas.

Veinte monarcas rigieron este reino en sus dos siglos y medio de existencia y el mayor afán de todos fué modelar con inquietud y apresuramiento amorosos esta ciudad, de modo que nada ni ninguna pudiera igualarla. La obra que Alahmar inició la continuaron sus sucesores sin interrupción y sin modificar sus líneas esenciales. Los palacios y el recinto de la Alhambra se completaron y enriquecieron hasta llegar a los esplendores de que los colmaron Yusuf I (1333-1353) y su hijo Mohammed V (1353-1391), los grandes constructores de la dinastía, y al padre, especialmente, es al que Granada debe su engrandecimiento urbano y sus más nobles edificaciones: él amplió y enriqueció el recinto de la Alhambra, él abrió las grandes puertas, construyó la Alhóndiga gídida, dotó de edificio suntuoso a la Madraza, etcétera, empleando en esta labor tantas riquezas, que el vulgo le atribuyó el secreto de la transmutación de los metales—"El oro que él gastó—decía el polígrafo granadino y Visir de Mohammed V, Aben Aljatib—, en decorar los palacios de la Alhambra, "traído del interior del Africa y batido en hojas "muy finas, sobrepasa todo cálculo." Bajo su reinado y el de su hijo Granada vivió sus días más prósperos; unas cuatrocientas mil almas poblaban la ciudad y sus alquerías, y viajeros y embajadores acudían a ella en peregrinación de belleza, a gozar de

la hospitalidad musulmana que les ofrecía el deleite de jardines como el Generalife y de villas de recreo como las que salpicaban las tierras de la Vega.

Por desgracia, no existe de ella una descripción como la que, en el s. X, hizo de Córdoba Ahmed ben Mohammed el Razi, inspirada en la de Bagdad de Aben Abi Tahir y, por otra parte, los autores árabes, tan amantes de los detalles, han sido, en general, poco explícitos sobre Granada, lo que unido a los muchos testimonios perdidos de aquellos tiempos y al desconocimiento o falta de traducción de gran parte de los conservados, hace difícil la exacta delimitación de sus contornos.

Sin embargo, de esos días de esplendor nos han quedado dos descripciones que, aunque vagas y sumarias, dan idea de lo que era entonces Granada. Una de esas descripciones es la del geógrafo y Secretario de Estado egipcio Aben Fadl Allah el Omari y la otra la del granadino Aben Aljatiib.

“Granada—escribía el primero, en 1337—es una “gran ciudad de forma circular y encantador aspecto, en la que abundan los árboles, las aguas, los “jardines y los frutos, y poco expuesta a los vientos. “por estar rodeada por todas partes de montañas. “Sus aguas tienen su origen en dos ríos importantes: el Genil y el Darro; el Genil descende del “monte Soleir, al S. de la ciudad, que es un pico elevado, del que nunca desaparece la nieve, ni en estío “ni en invierno, que, por consiguiente, es muy frío.

ciudad y su ampliación por la llanura. En 1498 se disponía derribar miradores y celosías, ensanchar las calles<sup>1</sup> y hacer plazas, como las de Bibarrambla, Nueva, Príncipe, etc.; y, a la vez que se elevaban nuevos edificios, se reconstruían o restauraban aquellos que, abandonados por sus propietarios al marchar al destierro o adquiridos a los Reyes moros y personajes de su corte por los Reyes Católicos, habían cedido éstos a caballeros distinguidos en la conquista. Así, sobre la antigua ciudad, iba surgiendo otra, cuyo tono renaciente sustituía al oriental de aquélla; frente a las murallas de la Alcazaba y de la Alhambra comenzaban a dibujarse las siluetas de numerosas construcciones castellanas y sobre los alminares de las mezquitas se asentaban los campanarios de los templos cristianos. Para acrecentar esa población se declaró exentos a los que en ella se avecindaran del pa-

---

1. En Octubre de 1498 se mandó ensanchar algunas plazas y calles de la ciudad, entre ellas la de Elvira; en Julio de 1501 se facultó al Ayuntamiento para derribar los balcones de las casas situadas en los lugares más públicos y en Junio de 1503 se renovó la orden de derribo de los ajimeces para que esta ciudad fuese “más ennoblecida y mejor proporcionada y las calles estén hechas en proporción”, disponiéndose, asimismo, derribar los cobertizos por ser mucho el número de ellos que ocupan las calles “e que algunos son muy peligrosos”; en Octubre de 1510 se derriban nuevas casas para ensanche de las Iglesias de Granada, y en Octubre de 1525 la Chancillería entiende en una información hecha por el Ayuntamiento sobre el ensanche de las calles de la ciudad “por la mucha angostura que tienen del tiempo que hera de moros”.

”calles tan angostas, que de una ventana a otra se  
”alcanzaba con el brazo y había muchos barrios donde  
”no podían pasar los hombres de a caballo con las  
”lanzas en las manos y tenían las casas horadadas de  
”una en otra para poderlas sacar y esto dicen los  
”moriscos que se hacía de industria para mayor for-  
”taleza de la ciudad.”

Pero, los días de Granada estaban contados y todo se encaminaba a su fin. La discordia interior la deshacía y nada podía oponer al pueblo, fuerte y joven, que tenía frente a ella, con designio de imperio. La misión del Islam en España estaba ya cumplida y esa misión termina en 1492. Una nueva ciudad va a florecer ahora en manos de Castilla, sucediendo a esta otra que, al decir de Marineo Sículo, quedó, al ser conquistada, “en gran manera triste y sola y des-  
”amparada, como cuerpo sin miembros, árbol sin  
”ramas y madre que ha perdido a sus hijos”, porque una gran parte de sus habitantes pasaron al África. Pero, una alegría nueva avivará este cuerpo muerto y cubrirá de claridades renacientes las mil y treinta torres de la ciudad deseada, última tierra que venía a completar el mapa de la España unificada.

Conquistada por los *cristianos*, y, a pesar de ser muchos los musulmanes que emigraron al África, creció su población, agrupándose los vencidos que en ella quedaron en los antiguos núcleos ciudadanos de la Alcazaba y el Albaicín, mientras que los conquistadores iniciaban la transformación de la

”de donde resulta que Granada lo es también en in-  
”vierno, pues no está apartada de aquel pico más que  
”unas diez millas... Tiene fuentes de agua abundante y árboles de especies variadas; particular-  
”mente, las manzanas y cerezas de Balbeck, difícil-  
”mente pueden encontrarse iguales en el mundo en-  
”tero, pues son tan bellas y tan dulces, que de ellas  
”podría extraerse miel; también hay nueces, casta-  
”ñas, higos, uvas, fresas, bellotas, etc. En la sierra  
”se encuentran plantas medicinales parecidas a las  
”de la India y una hierba que se emplea como reme-  
”dio, que los botánicos conocen muy bien, y que no  
”se encuentra ni en la India ni en otras partes. El  
”Genil penetra al O. en las afueras de la ciudad por  
”la que atraviesa unas cuarenta millas entre jardi-  
”nes, alquerías y cortijadas, donde se aprietan las  
”viviendas, las casas de recreo, los palomares y otras  
”construcciones... El Darro desciende de una mon-  
”taña cercana a Guadix, al E. del Soleir, y después  
”de haber atravesado jardines, campos y viñedos  
”llega a Granada en la que penetra por la puerta de  
”los Panderos al E. de la ciudad, a la que corta en  
”dos mitades. En el interior de ella, el Darro mueve  
”numerosos molinos y pasa bajo cinco puentes: el  
”de Aben Rasik, el del Cadi, el del baño del Jas, el  
”Nuevo y el del Alamo. Sobre los puentes hay zocos  
”y construcciones permanentes. El agua de este río  
”corre a través de toda la ciudad, los zocos, las pla-  
”zas y las mezquitas; a veces, aparece en la super-

"ficie del suelo, pero, en general, va oculta por atar-  
 "jeas subterráneas y cuando se quiere se la encuen-  
 "tra. La ciudadela, vivienda del sultán y llamada  
 "Alhambra, es un palacio amplio y magnífico, com-  
 "puesto de construcciones numerosas y considera-  
 "bles, con pabellones, encantadora estancia. El agua  
 "corre allí bajo el pavimento, como a través de la  
 "ciudad, y no hay mezquita ni casa en la que  
 "falte: hasta las torres de este palacio, en su piso  
 "más alto, tienen una fuente. La Mezquita mayor  
 "del palacio y la de la ciudad son, entre las mezqui-  
 "tas, las más magníficas, y, entre los monumentos,  
 "los más admirables. En la de la Alhambra se ven  
 "suspendidas lámparas de plata y en el muro del  
 "mihrab, piedras de jacinto aparecen embutidas en  
 "el conjunto de las inscripciones de oro y plata; el  
 "mimbar es de ébano y marfil. En la ciudad hay dos  
 "colinas que la atraviesan en su mitad y en las que  
 "se alzan hermosas casas y pabellones, mirando a las  
 "afueras; hay desde allí unas vistas magníficas de la  
 "Vega y los arroyos que la cruzan, todo un espec-  
 "táculo que no puede imaginarse y que no tiene se-  
 "mejante. Una de estas montañas se llama la Churra  
 "o el Mauror y la otra la vieja Alcazaba. En ésta se  
 "encuentra la Casa del Gallo a la que corona un ga-  
 "llo de cobre con cabeza de caballo, montado por un  
 "caballero armado de lanza y escudo. Cuando el  
 "viento cambia, cambia de dirección también la figu-  
 "ra del caballero. El resto de la ciudad es llano. Tie-

Tras esos días brillantes vienen otros, turbios de  
 presagios. Las luchas internas del reino granadino  
 señalan su decadencia, mientras los soldados de Cas-  
 tilla reducen cada vez más sus límites y anuncian  
 el final de su historia. Han pasado ya las horas go-  
 zosas en las que la Alhambra se alzó como una crea-  
 ción mágica y durante las cuales florecieron tam-  
 bién, junto a ella y como de milagro, los palacios y  
 jardines de Darlarosa y de los Alixares. Al pene-  
 trar en el s. XV pesa sobre Granada la preocu-  
 pación por su destino; ya no se hacen grandes obras  
 que reflejen un afán colectivo, sino casas, palacios  
 aislados, lugares de apartamiento de señores y fa-  
 voritas, como síntoma de disgregación (Daralgiüt,  
 ya destruido, Daralhorra, los Infantes, las Monjas.  
 Zafra, torre de las Infantas, etc.) y, en todos ellos,  
 el arte muestra su agotamiento y repite motivos  
 anteriores con el tono de cansancio y desorientación  
 que caracteriza estos últimos años del reino. Solo  
 una preocupación domina y alienta sus actividades:  
 la defensa contra el enemigo que, día tras día, va  
 estrechando su cerco. Ante las torres de la Alham-  
 bra se construyen poderosos baluartes; a la ciudad  
 acuden en enjambre musulmanes de todos los pun-  
 tos, acosados por los conquistadores, haciéndose su  
 población tan densa, y tan obsesionada por su de-  
 fensa, como reflejan estas líneas de Luis del Már-  
 mol:

"Estaban sus casas—dice—tan juntas, y eran sus

”dad, dando ocasión para la composición de poesías, resonando el canto por todas partes y hasta en las tiendas, a donde concurre gran muchedumbre de jóvenes... Es costumbre de los habitantes de esta ciudad el trasladar al campo su domicilio para pasar la pascua del Asir, en tiempo de vendimias, así como también el salir a regocijarse en las campiñas con sus hijos y familias... Respecto a los adornos y joyeles de las damas granadinas, usan hoy día ricos collares, brazaletes, ajorcas y pendientes de oro puro con mucho de pedrería y de plata en el calzado. Esto, en la clase media, porque las damas de la clase principal, como son las pertenecientes a la aristocracia cortesana o a la antigua nobleza, ostentan gran variedad de piedras preciosas, como rubíes, crisólitos, esmeraldas y perlas de gran precio. Las granadinas son hermosas, distinguiéndose por lo regular de su estatura, lo garboso de sus cuerpos, lo largo y tendido de sus cabelleras, lo blanco y brillante de sus dientes, lo perfumado de su aliento, la graciosa ligereza de sus movimientos, lo ingenioso de sus palabras y la gracia de su conversación, mas, por desgracia, han llegado en nuestros días a tal extremo en el atavío, el afeite y la ostentación, en el afán por las ricas telas y joyas y en la variedad de los trajes y adornos, que es ya un desenfreno.”

Tal es un resumen del brillante cuadro en el que Aben Aljatib refleja las grandezas de su ciudad en los últimos tiempos de gloria del Islam en España.

”ne trece puertas: la del Cielo, la de la Carestía, la de El Murdi, la de la Explanada, la del Arenal, la de los Curtidores, la de los Ladrilleros, la de los Alfareros, la del Foso, la de los Panderos, la de los Estandartes y la de las Eras. Granada está rodeada de cuatro barrios: el de los Alfareros y el del Nesched, que encierran numerosos pabellones y jardines, los dos inmediatos al Genil; el del Arenal y el del Albaicín, que está próximo a la puerta de los Panderos y es muy populoso, y de él salen unos quince mil combatientes, todos bravos guerreros, equipados para la batalla. Este barrio tiene una administración autónoma, magistrados, jueces, etc. La gran Mezquita de Granada es un edificio poderoso y magnífico al que no hay agregada ninguna otra construcción; únicamente está rodeada de escribanías y tiendas de droguistas. Su techumbre está sostenida por elegantes columnatas y hasta allí corre el agua. Hay allí cátedra para el estudio de las ciencias de la religión... En cuanto a las mezquitas secundarias y a los conventos de la ciudad son tan numerosos que no es posible contarlos.”

Por su parte, Aben Aljatib, que escribía en los tiempos de Mohammed V, dibujaba así la lámina de la ciudad:

“Domínala por su parte meridional—decía—la población de la Alhambra, corte del Reino, coronándola con sus brillantes almenas, sus eminentes

”torres, sus fortísimos baluartes, sus magníficos alcázares, y otros edificios suntuosos que, con su brillanteísimo aspecto, arrebatan los ojos y el ánimo. Hay allí tal abundancia de aguas que, desbordándose a torrentes de los estanques y albercas, forman en la pendiente arroyos y cascadas, cuyo sonoro murmullo se escucha a larga distancia. rodean el muro de aquella población, dilatados jardines propios del Sultán y arboledas frondosísimas, brillando como astros a través de su verde espesura, las blancas almenas. No hay, en fin, en torno de aquel recinto, espacio alguno que no esté poblado de jardines, de cármenes y de huertos. Pues, en cuanto al terreno, que abarca la llanura que se extiende en lo bajo, todo son almunias de gran valor y de tan excesivos precios que ninguna de ellas podría pagarlas sino un príncipe, habiendo algunas que producen cada año renta de quinientos dinares... Solo en la cerca de la ciudad y en el recinto de sus muros hay más de veinte almunias pertenecientes al real patrimonio, donde se ve gran muchedumbre de hombres y de animales briosos de gran precio para las labores del cultivo, habiendo en muchas de ellas, castillos y molinos y mezquitas. Esta prosperidad y estado floreciente de la agricultura alcanza igualmente a todas las alquerías y terrenos que poseen los súbditos, lindando con las propiedades del Sultán, pues se ven por doquiera campos dilatados y alquerías pobladas, habiendo entre ellas

”Algunas muy extensas y habitadas donde tienen parte millares de personas y que ofrecen un espectáculo muy variado, así como las hay también que pertenecen exclusivamente a un dueño o dos. Los nombres de todas pasan de trescientos y hay cerca de cincuenta con su mimbar para los viernes, donde se extienden las blancas manos y se levantan a Dios las voces clementes. En el recinto de la ciudad y en sus extremos hay más de ciento treinta molinos que muelen con agua corriente... En cuanto a las costumbres, los granadinos son dóciles y obedientes para sus emires, sufridos para el trabajo, espléndidos y liberales, y en cuanto a sus personas son hermosos de cara, de mediana nariz, tez blanca, cabellos por lo común negros, y regular estatura y hablan con elegancia la lengua árabe... Son naturalmente obstinados en sus controversias y discusiones... y en cuanto a su vestimenta, la principal que usan, comúnmente, en el invierno, son alquices persianos, almalafras ostentosas y otros trajes de mucho precio, de lana, lino, seda, algodón y pelo de cabra, mantos africanos y mocathas tunecinas, que se hacen de seda gruesa con vistosas labores: en el estío visten todos blancos almalzares, de suerte que, al verlos reunidos en las mezquitas los viernes, parecen flores abiertas en un prado fértil, bajo la templada atmósfera de la primavera... Las casas y edificios en que viven... son medianos y los días festivos son hermosos de ver en esta ciu-

parece que se llamó “Bib Alhamra”, nombre que confirma el supuesto de ser la de acceso directo y exclusivo a la Alhambra alta, sirviendo para cerrar por esta parte el recinto de la población y palacios reales, los cuales quedaban a la izquierda, en la depresión N. del cerro, totalmente separados de aquélla por una muralla de mampostería, cuyos restos se hallaron en la nave meridional del palacio de Carlos V y que arrancaba, en línea recta, de la izquierda de la puerta, prolongándose hasta los límites orientales del recinto. De las dos fachadas de la puerta del Vino, la exterior y más antigua es de piedra de la Malahá, con arco de herradura apuntado y dovelas rebajadas y en relieve, decorando sus enjutas vástagos y hojas. Sobre él corre un dintel adovelado, en cuyo centro aparece grabada la simbólica llave y encima del dintel un tablero de escayola con inscripción magrebí de alabanza a Dios y, tres veces repetidas, las palabras “Gloria” a nuestro Señor el Sultán Abu Abdallah Algani “Billah” (Mohammed V). Delgadas columnillas flanquean este cuerpo sobre el que se alza otro con balcón gemelo y arquitos de igual tipo que el de entrada y tras éste existe otro nuevo arco en el que encajaban las hojas de madera de la puerta, pasada la cual se halla un espacio cuadrado cubierto de bóveda de aristas y asientos a derecha e izquierda, cobijados también por arcos y bóvedas de esquife y lunetos. En cuanto a la fachada posterior—más

## PRIMER ITINERARIO

### EDIFICIOS PRINCIPALES :

ALCAZABA.—PALACIO ÁRABE.—TORRES.—PALACIO DE CARLOS V.—GENERALIFE.

**La Alhambra.**—En la alta colina que los árabes llamaron monte de la Assabica, situada en la margen izquierda del río Darro y elevada al E. de la ciudad, dibuja la Alhambra su silueta, frente a los barrios del Albaicín y la Alcazaba, asiento de la antigua Iliberis. Su situación estratégica hace sospechar que en ella existieron construcciones y defensas anteriores a la dominación musulmana, en cuyo tiempo debieron ser rehechas, constituyéndolas en amparo y refugio de la población, mientras se reedificaba la Alcazaba vieja, en el cerro opuesto, al otro lado del río, sobre el que, avanzados los tiempos, se construyó un puente que puso en comunicación una y otra colina. Su conjunto, ceñido de murallas, ofrece un perímetro de forma irregular que queda aislado por el valle del Darro al N., limitado al S. por el de la Assabica y al E. por la cuesta del Rey Chico que, respectivamente, lo separan del Albaicín, del Monte Mauror en el que se elevan las Torres Bermejas y del cerro del Sol, asiento del Generalife.

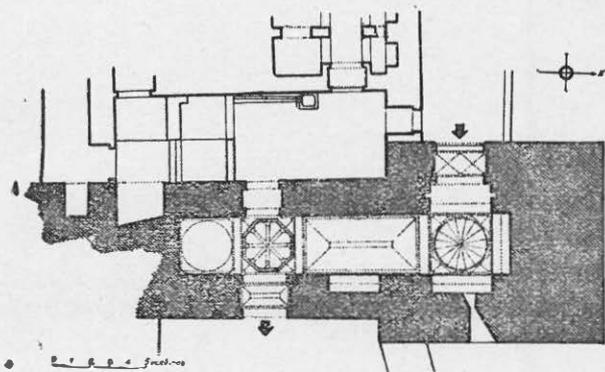
Su nombre "Alhambra" (*calat-alhamrá*, castillo rojo) procede del color que prestan a sus muros las ferruginosas tierras con que están contruídos, aunque el historiador árabe Aben Aljatib lo haga derivar del hecho de haberse reedificado la primitiva fortaleza, de noche y a la luz de las antorchas, que le prestaban rojizo y fantástico aspecto. El mismo Aben Aljatib y otros autores árabes, llaman indistintamente a esta fortaleza "Hizn Garnata" (castillo de Granada), "Maquil Elvira" (fortaleza de refugio de Elvira), "Maquil Alhambra" o "Alcazaba Aljamrá", nombre que, todavía, se da al castillo principal, posteriormente engrandecido.

Desde sus comienzos, la Alhambra fué uno de los centros de choque en las luchas civiles que estremecieron el Califato cordobés, especialmente en las que, en el s. IX, ensangrentaron la comarca granadina. Durante ellas (889) el caudillo árabe Savvar ben Hamdum tuvo que refugiarse en la vieja fortaleza que existía al N. de la colina, reparándola y fortificándola, y este es el primer momento conocido de su historia sin que hasta entonces, al parecer, su recinto abarcara sino muy exiguos límites. Ese recinto, denominado *alcazaba* o *alhisán*, fué después cuando comenzó a ensancharse y a poblarse, aunque sin lograr la extensión e importancia que había de alcanzar más adelante, pues los monarcas ziríes, al fundar su dinastía, fijaron su residencia y sus **más fuertes** defensas en la colina opuesta, que luego se llamó

llones, esquifadas y baidas y, en las paredes, nuevos arcos cobijan asientos para la guardia y otros dos comunican por la derecha con el adarve inferior de la Alcazaba y por la izquierda con la salida del torreón, en la que dos arcos más, de herradura apuntados y sencilla obra de ladrillo, dan paso al camino que conducía directamente al Mexuar (hoy jardines de Machuca). La parte alta de la torre la componen unas salas cubiertas con bóvedas de aristas y esquifadas, apoyadas en arcos de herradura apuntados y en la época cristiana se le agregó un piso que avanzaba hasta injertarse en el muro N. de la Alcazaba, con la que establece comunicación. En los tiempos árabes ya se llamaba a esta torre, torre de las Armas, que, a juzgar por sus caracteres, es obra muy anterior a la de la Justicia.

En cuanto al ingreso a la Alhambra alta o población se debía realizar por la llamada **puerta del Vino**, que hoy aparece desligada del enlace que, probablemente, tuvo con la línea de construcciones que cerraba la actual plaza de los Aljibes por esta parte y que iba a enlazar con los citados jardines de Machuca, donde otra línea de edificios cortaría aquélla en ángulo recto. Su nombre lo debe al hecho de depositarse allí, desde 1556, el vino que consumían los vecinos de la Alhambra exento del pago de impuestos, pero algunos opinan que nace de haberse interpretado el vocablo *alhamra* (roja) por *aljamrá* (vino), pues en su origen esta puerta

**Torre de las Armas.**—Se alza formando ángulo con la muralla inferior de la Alcazaba y por ella se comunicaban los palacios con la ciudad, a través de un camino que, cruzando el bosque, llegaba al puente llamado del Cadí, situado en la Carrera de Darro. La entrada a la torre desde este bosque presenta sencilla fachada con arco de ladrillo en forma de herradura e impostas de piedra, guarne-



PLANO DE LA TORRE DE LAS ARMAS

cido de festón, con piezas vidriadas en blanco, azul y verde, albanegas también de azulejos y todo encerrado en un recuadro, asimismo de ladrillo. Tras éste se abre otro arco de igual forma y entre éste y un tercero se ven las ranuras del rastrillo que cerraba la puerta. Esta da paso a una nave dividida en compartimientos por arcos también apuntados de herradura y cubiertos con bóvedas de ga-

Albaicín; pero, al amurallar estos reyes la ciudad, en la oncena centuria, el castillo de la Alhambra se incorporó a este recinto, que quedó dominado por él, convirtiéndose así en fortaleza del más alto valor militar, la cual, durante las dominaciones de almorávides y de almohades, volvió a ser teatro de nuevas luchas, primeramente, cuando el caudillo Mohammed ben Hud (Zafadola), en 1144, resistió en ella a los almorávides que le derrotaron y, después, en 1161, cuando las fuerzas del almohade Abdelmumen destrozaron a las del jefe almorávide Aben Hamusko, asimismo aquí refugiadas. Al constituirse en el s. XIII el Reino granadino, bajo la dinastía nasrita, su fundador, Mohammed ben Alahmar (1238-1273) decidió fijar en ella su residencia y unir su palacio a la fortaleza, para mayor garantía de su poder, comenzando entonces para la Alhambra su época de esplendor. Alahmar reedificó y reforzó la parte antigua de la Alcazaba, dirigiendo personalmente las obras, para cuya realización fijó tributos especiales, construyéndose entonces las torres de la Vela, del Homenaje y alguna otra, y, al amparo de estas defensas, estableció aquí su real al que abasteció de agua que subió del río Darro y dotó de almacenes y depósitos para granos y municiones, en silos abiertos en el cerro inmediato, y aunque nada más se conoce de su época, tal vez la Puerta del Vino puede ser atribuida a este monarca, en cuyo tiempo debió iniciarse la construcción del palacio y del re-

cinto amurallado continuado por su hijo Mohammed II (1273-1302), y por el sucesor de éste, Mohammed III (1302-1309) que, a su vez, edificó un baño público y la Mezquita sobre la que luego se elevó la actual iglesia de Santa María. Destronado el cuarto rey Nasr (1309-1311) por Abul Walid Ismail (1311-1325), nada concretamente puede asignarse a su tiempo ni al de Mohammed IV (1325-1333) que le sucedió, pues lo que Abul Walid construyera (o, más bien, decorara, modificando la labor de sus antecesores para sustituir los nombres de éstos con el suyo, ya que con él se opera un cambio de dinastía) debió de ser destruido o rehecho por el séptimo monarca Abul Hachach Yúsuf I (1333-1353) al cual, y a su hijo y sucesor Mohammed V (1353-1391) corresponde la casi totalidad de las construcciones, tal como han llegado hasta nosotros. Yúsuf reformó la Alcazaba y los palacios, amplió el recinto amurallado con otro al que daba entrada la puerta de la Justicia, y amplió y decoró sus numerosas torres, que pasaban de treinta, alguna de las cuales eran pequeños palacios, como la de las Damas y la de la Cautiva; enriqueció y amplió también la llamada después de Machuca, los Baños y el Cuarto de Comares, y Mohammed V, continuando su obra, completó la de este Cuarto, al que dotó de una entrada monumental, rehizo la decoración de su patio y la de la Sala de la Barca y, por último, construyó el patio de los Leones y todas sus dependencias. De

las Damas; a ésta seguía otra y la de los Picos, puerta del Arrabal, Candil, Cautiva, Infantas y Cabo de la Carrera y, torciendo al E. y S., las del Agua, dos más, medio destruidas, Siete Suelos, Capitán, Bruja, Cabezas, Peralada, Barba, Justicia y de Pero de Morales, ya perdida, finalizando con la de Roças, desaparecida también, que, cercana a la derribada puerta Real, lindaba ya con la Alcazaba. Dentro de este recinto corría un camino de ronda para la vigilancia y otro cubierto, en parte subterráneo, que permitía circular por la fortaleza sin atravesar calles ni jardines. Las entradas principales se abrían, al S. en las puertas de Siete Suelos y la Justicia; al N. en la de las Armas y al O. en la de la Alcazaba, situada al pie de la torre de la Vela. En cuanto al enlace con el Generalife se efectuaba por la puerta del Arrabal, pues la de Hierro es, como veremos, de construcción cristiana. Además, existían diversos caminos subterráneos para comunicar con la ciudad en casos de peligro.

**Entradas a la Alhambra y los palacios.**—Antes de hacerse la plaza de los Aljibes, el acceso a los palacios era muy distinto del actual, pues lo probable es que hubiese una entrada para ellos y otra para la Alhambra alta o población. Esta última, quizá se efectuase por la puerta del Vino y la primera por la de las Armas, que, a su vez, se hallaba en relación con la fortaleza.

Quebrada existe, además, una gran *mazmorra*, con sus divisiones interiores para los prisioneros.

La poterna N. de la Alcazaba dá paso al camino cubierto de ésta, que la rodea desde el jardín de los Adarves hasta el primer piso de la torre y puerta de las Armas, pero la comunicación con ésta, así como con el foso bajo, aunque ligada con la fortificación, corresponde al circuito general de la Alhambra, siendo, en absoluto, independiente de la Alcazaba. Esta constituía un núcleo perfectamente aislado y, sin duda, era la sola edificación existente en estos lugares cuando decidió reconstruirla Alahmar, cuyos sucesores fueron ampliando las construcciones de la Alhambra que, al aumentar su perímetro, necesitó ampliar sus defensas, rodeando todo el recinto de **murallas** que acabaron enlazando con las de la Alcazaba. De este modo, todo el cerro de la Assabica quedó encerrado en un círculo de hierro que, en tiempos de Mohammed V, se unió a las Torres Bermejas. Este recinto, flanqueado de numerosas torres, tiene un desarrollo de muralla de unos 1.400 ms. y estaba protegido por varios baluartes y otras defensas exteriores situadas en lo que hoy son alamedas. La guarnición del costado N. inmediato a la Alcazaba se inicia con la puerta y torre de las Armas, siguiéndole en dirección E. dos torres ya desaparecidas y las de Mohammed, Machuca, Comares, Peinador de la Reina, otra inmediata a ella y la de

los monarcas que se sucedieron hasta la extinción del reino granadino, y a través de los cuales este arte tramita su decadencia, casi nada se conserva. Únicamente de Saad (1445-1461) queda la suntuosa decoración de la torre de las Infantas, y a su época debe corresponder también el acrecentamiento de algunas defensas militares, como el baluarte de artillería con que se reforzó la Alcazaba y las de la torre de las Cabezas, entre otras, que parecen corresponder a la misma época, con posterioridad a la cual nada debió ya construirse sumido como estaba el reino en agotadoras luchas civiles que acabaron con sus energías y con su arte que, abandonado y decadente, ningún fruto ofrecía ya, cuando los Reyes Católicos alzaron en la Alhambra sus pendones.

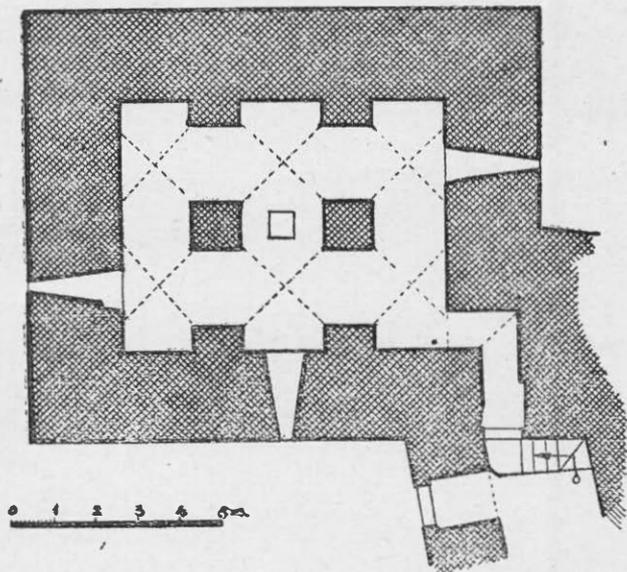
Dueños de ella estos Monarcas, ordenaron la inmediata apertura de nuevos caminos de acceso a la fortaleza y encomendaron la reparación de sus torres y murallas al artillero aragonés Maestre Ramiro, así como la del decorado de los palacios al morisco Maestre Francisco de las Maderas, destinando para ello el impuesto de la "farda" que se cobraba a los sometidos. Incorporados a la Corona el castillo y los palacios y cedidos a particulares distinguidos en la conquista los restantes edificios, nombraron los Reyes por Alcaide a D. Iñigo López de Mendoza, Conde de Tendilla, quien vinculó en su casa este cargo, concediéndose entonces a la Alhambra jurisdicción exenta y especial guarnición. El mismo cuidado

que sus padres dispensó a la Alhambra la Reina D.<sup>a</sup> Juana la que, en 1515, asignó el importe de las penas de cámara y fisco de Granada y su correjimiento a la conservación de sus muros, torres y casas reales, para que “estén bien reparados e no se consuma e pierda tan ecelente memoria e suntuoso edeficio”. Carlos I, que visitó Granada en 1526, decidió la construcción del palacio de su nombre adosado al Alcázar moro, para lo cual fué preciso derribar una parte, aunque bien exigua, de él, y en su interior enclavó varias habitaciones para su aposentamiento, reparándose también por entonces murallas y dependencias diversas y haciéndose la plaza de los Aljibes; y Felipe II, atendiendo a que el tributo de la “farda” era ya ineficaz, por consecuencia de la rebelión de los moriscos, cedió para estas reparaciones, en 1581, sobre la renta de los azúcares de Sevilla, los seis mil ducados aplicados hasta entonces a reparar el Alcázar de Toledo y, veintitrés años más tarde, en 1604, se destinaba a igual fin el producto de la pesca, hierba y madera del Soto de Roma y cortijo de la Tejuela, renta que se cobró hasta 1675, con posterioridad a cuya fecha continuó dispensando el tesoro real su atención a estas obras que, a través del s. XVII, fueron perdiendo el carácter moruno que tenían en un principio, limitándose a reproducir servilmente lo antiguo. Si, como vemos, desde el día mismo de la conquista de Granada, los Reyes españoles mostraron su preocupación por la

cuyo través se penetra directamente en el recinto, desde el s. XVI, del que data su nombre. En cuanto al lado S., lindero con el jardín de los Adarves, existieron en él dos *torrecillas*, de las que solo queda una y muy renovada.

**Plaza de Armas.**—Ceñida por esta línea de torres y murallas desemboca en esta plaza la entrada primitiva de la fortaleza, la mayor parte de cuya superficie la ocupa un grupo de construcciones dedicadas a los servicios auxiliares de sus habitantes. A la derecha de aquella entrada existe un gran *aljibe* de dos naves que, en su origen, debió de ser cisterna y llenarse con agua de lluvia y desde el s. XVII se surte de las de la acequia de la Alhambra o del Rey, que corren por bajo de su nivel, al que hoy se elevan por un sifón. Cerca del aljibe, y a la izquierda de la misma puerta de la Alcazaba, hay un *baño*, que desarrolla su perímetro entre la torre de la Vela y la muralla N., con idéntica disposición a la de los demás baños musulmanes conocidos y del que solo queda la cimentación de su obra de ladrillo y argamasa. El centro de la plaza y la parte correspondiente al muro E. lo ocupan—formando tres agrupaciones—los cimientos de varias *casas árabes*, que constituían el albergue de la población civil de la fortaleza, encargada de proveer a sus necesidades, como lo prueba la existencia de restos del taller de un armero y de una panadería con doble horno de fuego bajo, y casi al pie de la torre

centro de la cortina oriental de la fortificación lo ocupa la **torre Quebrada**, llamada así por la gran hendidura que presentaba hasta hace tres años, a causa del hundimiento de su parte alta, ocurrida en 1838, que destruyó su escalera; es maciza hasta la línea de



PLANTA PRIMERA DE LA TORRE DEL HOMENAJE

la muralla y, desde allí, forma dos pisos con estancias alineadas. El otro ángulo del mismo lienzo lo ocupa la **torre del Adarguero** que, como la anterior, debió de ser maciza hasta la muralla, pero solo se conserva de ella, y muy incompleto, el cascarón a

conservación de la Alhambra, que sin este cuidado pronto habría sido un montón de ruinas, al llegar el s. XVIII se trueca esta preocupación en un total abandono, iniciado al desposeer Felipe V de la Alcaldía perpetua, que hasta entonces desempeñaban, a los Marqueses de Mondéjar, descendientes de los Condes de Tendilla, por haber seguido estos nobles el partido del Archiduque en la guerra de Sucesión. A partir de aquí quedó olvidada la conservación del monumento, cuyos recursos tomó el Rey para sí, en 1750, sin que las repetidas quejas sobre su estado elevadas a Fernando VI fueran atendidas; únicamente, Carlos III cuidó de reformar su organización y custodia confiada entonces a Oidores de su Chancillería, lográndose, al fin, en 1792, que, con cargo a los gastos de la Corona, se consignase una pequeña cantidad anual para las más urgentes necesidades. La dominación francesa convirtió la Alhambra en cuartel y si bien hizo en ella algunas reparaciones, al abandonar la ciudad las tropas, en 1812, volaron parte de la fortaleza, desde la torre de la Justicia a la de las Infantas, dejando en ruinas las del Agua y Siete Suelos, salvándose el resto de una catástrofe, gracias al heroísmo de un inválido español llamado José García que cortó las mechas encendidas. Estos destrozos y los causados por la acción del tiempo, mantuvieron la Alhambra en tristísimo estado en el primer tercio del s. XIX, hasta que Fernando VII, en 1830, asignó cincuenta mil reales para su repara-

ción, atendida con mayor amplitud por la Reina Gobernadora D.<sup>a</sup> María Cristina y por su hija D.<sup>a</sup> Isabel II. La revolución de 1868 hizo pasar al Estado el dominio sobre la Alhambra, al incautarse éste de los bienes del real patrimonio, y dos años más tarde, en 1870, se declaraba todo el recinto monumento nacional, consignándose en los presupuestos de la nación cantidad fija para sus atenciones que, desde entonces, se han venido prestando de modo creciente, lo que ha permitido desenvolver una política de conservación del monumento que, desde los primeros trabajos técnicos realizados, a partir de 1828, por los arquitectos señores Contreras (D. José), Amador, Romero, Soriano y Pugnaire, D. Rafael y D. Mariano Contreras hasta los más recientes de D. Modesto Cendoya y D. Leopoldo Torres Balbás han salvado a la Alhambra de la ruina, conservando este monumento con la dignidad debida a su altísima significación artística e histórica. Encomendado su cuidado, en 1905, a una Comisión especial y, en 1913, a un Patronato, sustituido por otro en 1914, el Real Decreto de 23 de Abril de 1915 transfirió esta misión a la Dirección General de Bellas Artes del Ministerio de Instrucción pública y, desde 1938, al Servicio de Bellas Artes del Ministerio de Educación Nacional, por encargo del cual actúan en ella un Comisario inspector y un Arquitecto director, encargados de su custodia y conservación.

Aunque todo el recinto murado que ocupa el ce-

Al N. de la torre de la Vela y bajo la plataforma de su adarve inferior existe un amplio edificio, de 26,50 ms. que se supone eran **caballerizas** de la fortaleza, dividido en tres naves desiguales por pilares rectangulares de ladrillo que soportan arcos escanzos y de medio punto y bóvedas de cañón. Su fecha oscila entre los s. XIII y XIV, pero lo deficiente de su construcción obligó a rehacerlo en el XVI. Su entrada primitiva se hallaba hacia Oriente y unida a él se encuentra, en el extremo opuesto, la **torre de los Hidalgos**, obra morisca del s. XVI, que consta de dos pisos. El muro N. de la Alcazaba lo interrumpe la obra cristiana del piso alto de la torre de las Armas y reforzando ese muro hay otras dos pequeñas torres, llamadas en el s. XVI de **Alquiza** y del **Griado del Doctor Ortiz**. A continuación y en el ángulo N.E. del castillo, una vez pasado el Cubo, se encuentra la **torre del Homenaje**, a cuyo pie se distinguen restos de las construcciones aprovechadas por Alahmar para reedificar la Alcazaba sobre la más antigua de Sawar. Tiene esta torre 26 ms. de altura, su planta mide 12,12 por 10,45 y comprende cinco pisos divididos en compartimientos cuadrados separados por machones de planta cruciforme que apoyan arcos de medio punto y bóvedas de diversas formas. Esta torre, sin duda la más apropiada para vivienda, fué en el s. XVI residencia de los alcaides de la fortaleza y, hasta el XIX, tuvo puntiagudas almenas, modernamente rehechas. El

continúa como antes hasta las 11 que suena treinta y tres veces (“toque de queda”). Desde entonces da tres campanadas hasta las 12 cada cuarto de hora, y una hasta la 1; dos en la hora siguiente y sigue así hasta la madrugada, que da el “toque de alba”, de 3 a 4, con tres toques de cuatro campanadas, terminando con otras treinta y tres y luego tres veces una y otras cinco o seis finales, según la hora y la estación del año, a lo que se llamaba el “toque de la modorra”. Esta campana ha sido la que ha llamado siempre a los granadinos en los momentos de peligro, por lo que Isabel II, en 1843, concedió a la ciudad por su fidelidad en las revueltas de aquel año el derecho a añadir la representación de esta torre a su escudo. El día de la Virgen del Rosario, aniversario de la batalla de Lepanto, también deja oír su voz, así como la tarde del 1 y todo el día 2 de Enero recordando que en esa fecha del año 1492 los Reyes Católicos conquistaron Granada y se posesionaron de ella desde esta torre en la que se elevaron el pendón de Santiago y las banderas cristianas. Esta conmemoración constituye una de las más alegres fiestas populares, a la que acuden las muchachas granadinas animadas de la supersticiosa creencia de que haciendo sonar la campana han de casarse antes de acabar el año. El panorama que desde la plataforma de la torre se divisa es de los más impresionantes, abarcándose en una sola ojeada toda la ciudad, la sierra, la vega y los pueblos del contorno.

rro de la Alhambra se conoce con este nombre, hay que distinguir, no obstante, dentro de él, tres partes desiguales, tanto por su extensión y su diferencia de niveles, como por lo diverso de sus núcleos edificados. La primera de esas partes es la *Alcazaba*, ciudadela militar asentada al O. en el punto más saliente y elevado del monte de la Assabica; la segunda es el *Palacio real*, enclavado hacia el centro del monte, en la depresión de éste y separado de la Alcazaba por la actual plaza de los Aljibes; y la tercera, la llamada *Alhambra alta o población*, extendida al lado E. y formada por las viviendas de magnates, funcionarios e industriales, parte que, aunque aislada en la antigüedad de las otras dos, quedaba dentro del mismo recinto. De todas ellas la más antigua es la primera y, sin duda, la menos conocida; las otras se desarrollaron paralelamente y al amparo de aquellas defensas, cuyo estudio se hace indispensable para la total comprensión del monumento—fortaleza, población y palacio a un mismo tiempo—el más completo de la dominación musulmana en España y el primero y único en su tipo entre todos los del mundo occidental.

**Subida a la Alhambra.**—De la plaza Nueva, punto céntrico de la ciudad antigua, arranca la cuesta de los Gomérez, camino el más directo para llegar a la Alhambra. Esa cuesta, abierta entre dos colinas—la Assabica y el Mauror—que coronan la Alhambra misma y las Torres Bermejas, era en la antigüedad un ba-

rranco y el acceso a la fortaleza se realizaba entonces desde la plaza de los Cuchilleros—inmediata a la citada Nueva—por las calles que, en dirección a las Torres Bermejas, dominan hoy la referida cuesta.

A su final se hallaba la “Bib Albuxar” de los árabes (puerta de las alegres nuevas) llamada también “Bib Handac” o puerta del Foso, torreón defensivo que constituía una de las entradas de la ciudad, abierta hacia las actuales alamedas de la Alhambra y enlazado con el recinto amurallado de ésta. En el mismo lugar que ocupó ese torreón, aunque más elevado, mandó construir Carlos V la **puerta de las Granadas** que, hacia 1536, debió trazar el arquitecto Pedro Machuca. Su nombre—que hasta el s. XVIII fué el de puerta de los Gomérez—deriva de las tres granadas abiertas que decoran su frontón, en cuyo tímpano destaca un escudo imperial con figuras de la Paz y la Abundancia sujetando su coronación y, bajo él, un gran arco semicircular, soportado por columnas toscanas, flanqueado de otros dos ciegos y más pequeños, todos labrados en piedra con aparejo almohadillado.

Por esta puerta se penetra en las **alamedas** de la Alhambra, formadas en lo que fué valle de la Assabica, lugar en el cual tuvieron los árabes una *macbora* o cementerio real donde Alahmar y algunos descendientes suyos fueron sepultados. Las alamedas se hicieron en la época cristiana, pues aunque antes existían en la Alhambra dilatados jardines y

*silo* de ladrillo, y en el muro siguiente otra puerta con dos arcos semicirculares, también de ladrillo, que da paso a la puerta principal, situada en el centro de la gran muralla, con arco de piedra de herradura apuntado, a través del cual se pasaba al interior de la fortaleza.

**Torre de la Vela.**—Se llamó también de la Campana por la que allí existe, colocada en la época cristiana. Su planta mide 16 ms. de lado y alcanza la altura de 26,80. La base es maciza y tiene cuatro pisos con arcos apeados por pilares que determinan galerías en torno cubiertas con variadas bóvedas. Las obras realizadas para convertir el torreón en vivienda han cambiado mucho su primitivo aspecto, agregándole la escalera, hoy en uso, en sustitución de la antigua que ocupaba el ángulo S.E. La entrada actual a la torre cae a nivel del piso segundo y por la citada escalera se llega a la plataforma, que tuvo almenas hasta el s. XVI, y en cuyo ángulo N.O. estuvo emplazada la espadaña para la campana, trasladada al centro de la fachada occidental en 1840 y que, destruída por un rayo, en 1882, se reedificó entonces. La campana la fundió en 1773 José Lorenzo Corona y su toque sirve para regular, a modo de reloj nocturno, los riegos de la Vega. Suena por vez primera (“toque de ánimas”) de 8 a 9 y media de la noche, según la estación, dando luego dos campanadas con intervalos de un cuarto de hora, hasta las diez que da cuatro seguidas, y

cilla llamada de la Pólvora, de donde arranca la muralla que enlaza con las Torres Bermejas.

Desde este mirador se pasa al interior de la Alcazaba, en cuyo centro existe una explanada ceñida por una línea de muralla en la que se elevan las siguientes torres: al O. la de los Hidalgos, la Vela y la Pólvora; al S. tres, de las que solo existe, muy renovada, una en el jardín de los Adarves; al E. las del Adarguero, Quebrada y Homenaje, y al N. las llamadas del Criado del Doctor Ortiz y de Alquiza, a la que la muralla unía con la de la Vela. Rodea la fortaleza un camino de ronda o *adarve* que, junto a la torre del Homenaje, comunicaba con el interior de la plaza por un postigo. Al S. de la torre de la Vela hay dos líneas de muralla, el revellín y otro muro, a cuyo pie se formó en el s. XV un *baluarte* para artillería, que ocupa el extremo del cerro al abrigo del adarve que se abrió hacia el S. y que, como dijimos, sigue por la ladera a buscar la puerta de las Granadas. En el centro del revellín existente tras el último muro, y junto al ángulo que aquél forma con la muralla de los adarves, se encuentra la **primitiva entrada de la Alcazaba**, que nunca fué la puerta de las Armas, la cual se hizo y unió a aquélla posteriormente. Esta entrada se descubrió en 1894, pero las transformaciones sufridas por estos lugares impiden determinar de qué manera comunicaba con la ciudad. A espaldas del revellín queda el callejón del antemuro, en el que hay un

arboledas frondosas era dentro del recinto y al comenzar el s. XVII quedaba muy poco de ellos, teniendo que repoblarse en 1625 y rehacerlos de nuevo, en 1641, el Marqués de Mondéjar. En 1729, con motivo del viaje a Granada de Felipe V, se hicieron tres nuevos paseos, y en 1828 y, luego, en 1858 y 1862, se trazaron sobre los antiguos los actuales. Sus elevados árboles ocultan la vista del cielo y dan a estos lugares grata sombra y frescura, aumentada por la abundancia de aguas que discurren por sus arroyos.

De la puerta de las Granadas arrancan tres caminos:

Uno, a la izquierda (a cuyo pie se encuentra una *cruz* de mármol erigida en 1599 por el artillero de la Alhambra Leandro de Palencia, y un *pilar* reconstruido en 1838) conduce a la Alcazaba y al Palacio árabe.

Otro, en el centro, interrumpido por tres plazas (en la segunda de las cuales se halla el *monumento a Angel Ganivet* del escultor Juan Cristóbal, inaugurado en 1921 y, cerca, una *cruz*,alzada en 1641 por el Marqués de Mondéjar) conduce rectamente al Generalife y comunica por ambos lados con los restantes puntos de la Alhambra.

Y, en fin, un tercero, a la derecha, lleva al campo llamado de los Mártires y por un sendero lateral a las **Torres Bermejas** (así nombradas por el color de sus muros de argamasa) fortaleza avanzada del re-

cinto granadino y una de las primeras defensas militares de la vieja Garnata que, unida a la muralla en la que hoy se abre la puerta de las Granadas, enlazaba, a su vez, con la que descendía al centro de la ciudad. De la primitiva construcción de estas torres nada puede asegurarse, pero sus más antiguos restos parecen corresponder a los años finales del s. VIII o primeros del IX. Después fueron reedificadas por Alahmar y por su hijo Mohammed II, nuevamente reformadas en el s. XVI y una vez más restauradas, interior y exteriormente, de 1854 a 1858. Componen hoy la fortaleza tres torres con entrada por una puerta (con arcos de herradura del mismo s. XVI) abierta entre la central y la de la izquierda, un baluarte curvo que mira a la ciudad y bajo él un aljibe de dos naves con bóvedas elevadas sobre arcos redondos. La torre del centro, que es de gran tamaño, tiene tres pisos, dos la de la izquierda y solo uno la tercera, que es muy pequeña. Cerca de estos torreones se hallaba la "Bib Mauror", conocida entre los cristianos por **puerta del Sol**, destruida en 1867, la cual cerraba el barrio del **Mauror**, ocupado en gran parte, antes de la conquista árabe, por los judíos (*Garnatha Alyehud*) que, posteriormente, continuaron habitándolo.

Siguiendo el primero de los tres caminos indicados, o sea, el de la izquierda, se llega al **pilar de Carlos V** (llamado de las Cornetas en el s. XVII) mandado construir por el Conde de Tendilla. Lo

N., se construyó el actual *Cubo* y, poco después, se repararon varias torres, entre ellas, la de la Vela, que había quedado muy quebrantada, en 1590, a consecuencia de la explosión de un polvorín situado en el valle del Darro. Más tarde, se dedicó a prisión de Estado, fué cárcel de patriotas durante la dominación francesa y siguió destinada a tal fin en años sucesivos, pues la atención prestada a la Alhambra desde mitad del s. XIX no la compartió la Alcazaba, que continuó abandonada hasta los fines de aquél y comienzos del presente, de cuya época data su exploración y saneamiento, debidos a la gestión del arquitecto D. Modesto Cendoya.

**Jardín de los Adarves.**—La entrada en la Alcazaba se realiza hoy desde la plaza de los Aljibes (atravesando el antemuro rehecho en 1565) por el llamado jardín de los Adarves, que toma nombre del lugar de su asiento, fuera del lienzo S. de la fortaleza, en el adarve bajo, reedificado a principios del s. XVII. A esa época corresponde el jardín, plantado por el Marqués de Mondéjar, adornado con dos pilares de igual tiempo, fuentes, surtidores, flores, arrayán y yedras que, tapizando las líneas duras de las murallas, dan vida a este rincón, de los más bellos de Granada y uno de los puntos desde donde el paisaje se ofrece al espectador en toda su integridad y belleza. Al extremo occidental del jardín hay un mirador, adosado a la torre-

ammed I ben Alahmar quien, al elegir Granada para asiento de su dinastía, rodeó de murallas y defensas el primitivo castillo convirtiéndolo en gran fortaleza y elevando al E. dos torres—la Quebrada y la del Homenaje—y, al lado opuesto, otra mayor—la de la Vela—ciñendo exteriormente el conjunto con un antemuro o revellín, a la manera de las defensas almohades. Aunque, a través de las alteraciones y reformas sufridas, este conjunto conserva su disposición originaria, es difícil, no obstante, distinguir en él las partes primitivas. Por E. y N. aún asoman trozos de muro que sirven de apoyo a obras más modernas, pero no se les puede asignar fecha, si bien, como ocurre con las dos pequeñas torres macizas del lienzo septentrional, su base y las cortinas que las unen parecen corresponder al castillo de Sawar. Reconstruída sobre estos vestigios la fortaleza que, en tiempos de los Omeyas, quizá fuera residencia de sus gobernadores, Alahmar organizó sus servicios y estableció en ella su real, ampliando la obra su hijo Mohammed II, hasta que terminados los palacios la Alcazaba quedaría relegada a su pura función militar. Los conquistadores cristianos realizaron en ella grandes reparaciones: en tiempo de los Reyes Católicos fué preciso revestir de mampostería parte de la muralla septentrional; en 1537 se fortificaron los adarves; en 1568 se reedificó el antemuro que se extiende a lo largo de la plaza de los Aljibes; en 1589, y en el lugar que ocupó una pequeña torre en el extremo

trazó Pedro Machuca, lo ejecutó en 1545 el italiano Nicolao de Corte, y lo restauró, en 1624, el escultor de Granada Alonso de Mena, con motivo del viaje de Felipe IV a esta ciudad. Consta de dos cuerpos, alzados sobre una pila rectangular de 11,20 ms. de larga por 1,70 de anchura y 0,95 de alta. El primero, dividido en tres tableros separados por anchas pilastras, con decoración de ramas de granado y escudos de la casa de Tendilla, tiene en los centros de cada tablero, arrojando agua por las bocas, mascarones reformados por Mena, que algunos interpretan como símbolos de los ríos de Granada, Darro, Genil y Beyro, y otros del Verano, Primavera y Otoño, por estar coronadas sus cabezas de haces de espigas, flores y frutas, y pámpanos y uvas. En el segundo cuerpo, un tarjetón adornado de cintas y lazos y la inscripción *Imperatori Caesari Karolo quinto Hispaniarum regi* ocupa la parte central y en los pedestales que lo encuadran destacan el aspa, eslabón y pedernal, símbolos del Toisón, y las columnas de Hércules con el mundo y el águila imperial. Decoran sus dos lados preciosas cartelas y los extremos unos niños derramando agua por racolas que apoyan en el hombro, rematando el conjunto un semicírculo con el escudo imperial y adornos de cintas con el lema *Plus oultre*, flanqueado por ángeles que sujetan unos delfines. El pilar está adosado a un muro de 6,80 ms. de alto decorado con pilastras dóricas y cuatro medallones en relieve, hoy

casi borrados, que representaban a Hércules matando la Hidra y debajo el letrero *Non memorabitur ultra*; a Friso y Hele sobre el Vellochino y la leyenda *Imago mysticae honoris*; a Dafne perseguida por Apolo con la inscripción *A sole fugante fugit* y, en fin, a Alejandro sobre el Bucefalo y la advertencia *Non sufficit orbis*, alusiones todas al Emperador y a la Orden del Toisón.

El pilar está enclavado junto al *cubo* de defensa hecho en 1568 para proteger la próxima puerta de la Justicia, actual entrada principal de la Alhambra.

**Puerta de la Justicia.**—Se abre en la fachada lateral de una gran torre de flanqueamiento enlazada a la muralla. Llamábase “Bib Xarea” o puerta de la Explanada y, desde el s. XVI, injustificadamente, se la denominó puerta del Tribunal o de la Ley y, en nuestros días, de la Justicia. La construyó Yúsuf I, terminándose en 1348, y su imponente masa presenta en el centro de la fachada un gran arco de herradura con recuadro de ladrillo, dintel adovelado y en la clave de mármol una mano grabada en hueco, amuleto según unos para conjurar el mal de ojo y emblema para otros de la ley alcoránica, por corresponder los cinco dedos a sus preceptos fundamentales (unidad de Dios, oración, ayuno, limosna y peregrinación a la Meca). Este arco dá paso a un espacio abierto para la defensa, que hace el oficio de los matacanes medievales, y tras él se encuentra la puerta interior, con otro arco de piedra, asimismo

**Plaza de los Aljibes.**—Recibe su nombre de los construídos por el Conde de Tendilla en 1494 en el barranco que separaba la Alcazaba y los palacios. Esos **aljibes** miden 34 ms. de longitud por 6 de ancho y 8 de alto y tienen bóvedas de cañón sostenidas por arcos semicirculares, comunicándose por medio de seis puertas las dos naves que los forman. En sus extremos hay dos escaleras para el descenso y junto a la primera un departamento con bóveda esquifada, que recibe y distribuye el agua. Convertido este lugar en plaza para hacer esta obra y derribada parte de la muralla que lo envolvía y la citada puerta Real, todo quedó tan desfigurado que no es fácil determinar, exactamente, la disposición de sus muros y entradas. La plaza está limitada hoy de un lado por las torres y defensas de la Alhambra y del opuesto por la puerta del Vino y los palacios árabe y de Carlos V, ofreciendo en su fondo, que domina el valle del Darro, una de las vistas más sorprendentes de la ciudad, el Albaicín y el Sacromonte.

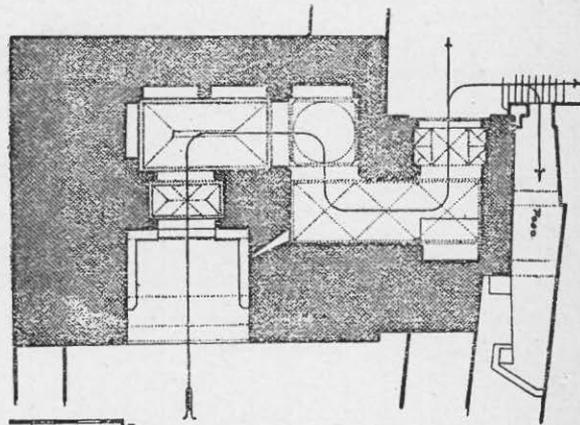
**Alcazaba.**—Juntamente con las Torres Bermejas es la parte más antigua de la Alhambra y en su lugar existieron, probablemente, construcciones anteriores a las árabes. Se la cita por vez primera a mediados del s. IX, asegurando Aben Aljatib que quien la construyó fué el caisí Sawar ben Hamdum durante la lucha entre árabes y muladíes. El conjunto de sus actuales construcciones se debe a Mo-

”vasallo, al qual partiendo sus. al. de aquí dexaron  
”en la dicha alhanbra con quinyentos cavalleros e  
”mill peones e a los moros mandaron sus. al. quedar  
”en sus casas en la cibdad e sus alcarias como pri-  
”mero estavan. este dicho conde por mandamyento  
”de sus. al. hizo hazer este algibe”. La lápida se co-  
locó en 1599 y, aparte el error de confundir a Muley  
Hacem con Boabdil, el hecho de referirse a un aljibe  
que aquí no existe, revela que antes estuvo en otro  
sitio, tal vez en la denominada puerta Real, inme-  
diata a los aljibes que ahora veremos.

El interior de la torre, con acceso por la parte  
alta, aunque restaurado, conserva su distribución pri-  
mitiva, con varias habitaciones abovedadas y ven-  
tanas de uno o dos arcos al exterior y fachada de  
la torre misma.

Desde la puerta de la Justicia se sigue recta-  
mente por un callejón, a cuya izquierda corre la  
muralla, rehecha después de la reconquista con tro-  
zos de piedras procedentes de las sepulturas moras,  
labrados en sus cantos con trazas geométricas o le-  
treros cúficos en relieve. A esta parte de la mura-  
lla correspondía una torre, llamada en el s. XVI de  
Pero de Morales y otra, ya perdida, llamada de  
Roças, al extremo del callejón que va a desembo-  
car en la plaza de los Aljibes, a cuya entrada se ele-  
vaba la *puerta Real*, derribada por ruinoso después  
de 1527 e inmediata a la del Vino con la que, al  
parecer, formaba ángulo recto.

adovelado y de herradura y conchas en su clave y al-  
banegas, sostenido por medias columnas con capite-  
les cúbicos, en cuyos ábacos está escrita la profesión  
de fe musulmana: “Alabanza a Dios. No hay otro  
”Dios que Allah y Mahoma es su enviado. No exis-



PLANTA DE LA PUERTA DE LA JUSTICIA

”te fuerza sino en Dios”. En la dovela central del  
dintel que lo corona aparece una llave con cordón y  
borla pendiente que, en opinión de Hurtado de Men-  
doza, era el blasón de los Reyes musulmanes. Sin  
embargo, es extraño no ver usada la llave más que  
en el reino granadino y siempre sobre las puertas, lo  
que ha hecho pensar que indique, más bien, entrada  
a la ciudad o *medina*; algunos la creen símbolo del  
poder de abrir y cerrar las puertas del cielo concedi-

do a Mahoma, estableciendo relación entre este emblema y los textos del Alcorán y aunque no hay duda que alguna relación existe entre llave y mano esa relación nos es desconocida. Sobre el arco citado hay una faja de mármol con la siguiente inscripción árabe escrita en caracteres magrebies, enlazados con hojas y ramas: "Mandó construir esta puerta llamada Bib Axarea—Allah haga prosperar por ella la ley del Islam y sea un signo de gloria duradero—nuestro Señor el emir de los musulmanes, el sultán, el guerrero de la fe, el justo Abul Hachach Yúsuf, hijo de nuestro Señor el sultán, el guerrero de la fe, el santificado Abul Walid ben Nasar. Premie Allah en el Islam sus acciones virtuosas y acepte favorablemente sus altos hechos guerreros. Se hizo esta obra en el mes de la Natividad magnificada del año 749 (*Junio de 1348*). Haga Dios gloriosa y protectora esta fundación e inscribala entre las obras piadosas e inmortales". Encima de la inscripción, sobre una extensa faja de magníficos azulejos, de tipo persa, en verde, azul y amarillo, se abre una hornacina con una escultura de la *Virgen y el Niño*, una de las obras encargadas a raíz de la conquista (1500-1501) al entallador maestre Ruberto Alemán por los Reyes Católicos, cuyo emblema del yugo y las flechas aparece labrado al pie. El citado arco de entrada se refuerza con otro interior de piedra franca y entre ambos giran las hojas de la puerta, forradas de chapa de hierro, que tienen

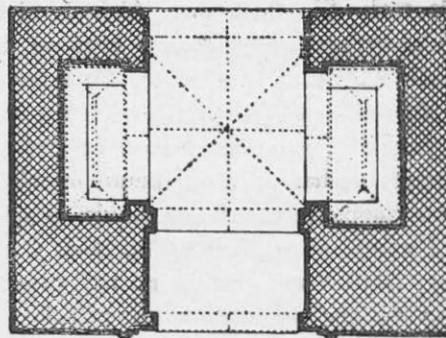
interesantes cerrojo y pestillo árabes, e inmediatamente se penetra en un amplio zaguán para la guardia, con asientos cobijados por arcos y formado por tres naves cortándose en ángulo recto, cubiertas de amplias bóvedas—esquifada, baida y de cañón con lunetos—sostenidas por arcos semicirculares. Al final de la última nave se encuentra la puerta de salida, con arco de herradura, descubierto en 1858, guarnecido de lóbulos de ladrillo y dintel ya destruído sobre él y cuya albanega izquierda conserva preciosa decoración de azulejos con rombos de línea mixta y atauriques, en verde y azul sobre fondo blanco.

Antes de la salida de la torre, en el lugar de uno de los huecos para la guardia, existe un pequeño *retablo*, construído a expensas de los vecinos de la Alhambra, en 1588, por Diego de Navas el joven y, junto al retablo, empotrada en la pared, hay una lápida de mármol con letras de plomo embutidas, que dice así: "Los muy altos cathólicos y muy poderosos señores don fernando y doña ysabel rey y reyna nuestros señores, conquistaron por fuerza darmas este reino y cibdad de granada, la qual después de auer tennido sus altezas en persona sitiada muncho tienpo el rey moro muley hazen les entregó con su alhanbra y otras fuerças a dos días de enero de mill y CCCXCII años. este mismo día sus. al. pusieron en ella por su alcayde y capitán a don yñigo lopez de mendoça conde de tendilla su

Cuarto Dorado o del Mexuar y, en sentido contrario, a los Baños.

**Baños.**—Están construídos al E. del palacio de Comares y en relación con él. Constituyen el conjunto más completo de la Casa real árabe y su disposición responde, en un todo, al modelo clásico de las termas privadas romanas. Una primera sala, llamada **sala de las Camas**, constituye el *apodyterium* y, en ella, cuatro columnas apoyando ménsulas y dinteles determinan en el centro un espacio cuadrado con fuente de taza en medio y galerías en torno. Esos dinteles sostienen vanos rectangulares correspondientes al piso alto y, alrededor de ellos, hubo inscripciones con máximas alcoránicas que, en el s. XIX, fueron caprichosamente reemplazadas por otras, una de ellas de elogio a Mohammed V que no intervino en esta construcción. cuya disposición arquitectónica y el carácter de su decorado son del tiempo de Yúsuf I y análogos a los de las salas del Mexuar y del Peinador. Los lados oriental y occidental tienen en sus centros elevados sobre el suelo 0.50 ms. camas destinadas al reposo después del baño, revestidas de azulejos de diversos colores y precedidas de dobles arcos semicirculares festoneados apoyados en columnas. Las paredes se cubren con riquísima decoración policromada pero, en ella, nada existe de lo primitivo, pues se rehizo de 1843 a 1866 en que, amenazando ruina esta construcción, se restauró totalmente respetándose sólo las columnas, el pavimento y parte de los azule-

moderna—presenta en su centro un arco con enjutas guarnecidas de decoración policroma de ladrillo a la cuerda seca (blanca, negra, verde, azul y amarilla) obra granadina de gran valor y riqueza. Sobre el arco, un amplio dintel adovelado sirve de apoyo al segundo cuerpo, con balcón gemelo, en el



PLANO DE LA PUERTA DEL VINO

cruce de cuyos arcos aparece el escudo nazarí y su lema "Solo Dios es vencedor" y a los lados del balcón fajas de escayola, con labores y letreros religiosos, encuadradas en los extremos por columnillas con capiteles. Esta construcción parece ser de lo más antiguo de la Alhambra y quizá pueda referirse a los tiempos de Mohammed II, pues la inscripción que figura a su entrada, aunque alude a Mohammed V, a cuya época corresponde la segun-

tigo, pero a pesar de todas estas modificaciones aún subsiste hoy, con ligeras diferencias, el núcleo principal de construcciones que lo integraban en la época árabe, y a lo sumo, habrán desaparecido patios, murallas y edificios accesorios, afectos a servicios auxiliares del palacio, que posteriores investigaciones nos irán revelando y que podrán servir para complementar el conocimiento de su total distribución.

**Entrada al Palacio.**—Cuál sería la disposición de la entrada principal del Palacio árabe no es fácil determinarla exactamente, tanto más, cuanto que cada uno de los grupos de edificios que lo componen quizá tuviera su particular ingreso. Lo que no ofrece duda es que el común a todos los que viniesen de la ciudad por la parte N. fué el de la Puerta de las Armas, a través del patio de Machuca.

La entrada actual al palacio ha estado cerrada hasta 1926, inutilizándose la usada hasta entonces, hecha en 1692, que desembocaba directamente en el patio de Comares. Su puerta se abre ante un patinillo con pequeño zaguán al fondo, en cuyo muro del frente se encuentra la portada del Mexuar, obra de Mohammed V, con dintel de yesería adovelado, alero apoyado en zapatas de madera labrada y friso con la siguiente leyenda en caracteres cursivos: "¡Oh levantado asiento de la regia dignidad excelsa y asilo del arte maravilloso! Abriste puerta magnífica y fué meritoria acción y beneficio memo-

"fierno; y me libre de las adversidades que me vienen con desventura; y me libre del mal del enviado Dios cuando se dispone a envidiar. Y no es viva otra divinidad que la de Dios a quien alabar eternamente. La loa al Dios de los siglos". El interior de la cámara lo cubre un artesonado de lazo, y sus paredes, con zócalo de bellos alicatados, las adornan yeserías finamente labradas y la siguiente leyenda: "Desde mí recibes la salutación que por la mañana y por la tarde te dirigen bocas de bendición, de felicidad, de dicha y de amistad íntima. Esta es la cúpula excelsa y nosotras somos sus hijas. Más, para mí es la distinción y la gloria en mi familia.—Soy lo que el corazón es para los miembros, pues estoy en medio de ellos y en el corazón reside la fuerza del aliento y el alma.—Y si existen los signos zodiacales en su cielo, en mí y no en las demás se encuentra el sol de la nobleza. Me vistió mi señor, el favorecido de Dios, Yúsuf, con una vestidura de esplendor y gloria cual ninguna vestidura.—Y me eligió para ser el solio del reino. Ayude a su excelsitud el Señor del trono y solio divino". Rodea la sala un zócalo de piezas vidriadas con variadas combinaciones geométricas, que reviste hasta las columnas de los arcos centrales y sobre ese zócalo se alza, cubriendo las paredes riquísima decoración de atauriques, en la que los elementos geométricos y vegetales se combinan con perfecto sentido de la oposición de sus formas y

del s. XVI, ocupando el centro un tapete de azulejos de igual época con el escudo de los Alahmares. En la pared de entrada y a ambos lados del arco central, dos alacenas, cegadas en el XIX y abiertas de nuevo en 1930, tienen puertas modernas de madera. Los otros frentes de la sala presentan cada uno tres arcos de ingreso a otros tantos camarines abiertos en el espesor del muro de la torre, de unos 2,50 ms. de fondo, con balcones, gemelos los del centro, y ventanas encima, cuyos huecos se cerraban primitivamente con celosías de madera y vidrieras de colores. Cubren los camarines techos de lazo (los centrales en forma de artesa) y sus paredes ostentan rica decoración y la inscripción siguiente: "La protección, el socorro divino y una victoria espléndida sea para nuestro señor Abul Hachach, emir de los musulimes. Ayude Dios su poder y haga gloriosas sus victorias", rematando la decoración unos zócalos de alicatados. La cámara central, frontera a la puerta de entrada, es la del trono; está ornamentada con mayor riqueza y en el alfiz de su arco corre una inscripción coránica, en parte destruida y restaurada, que el P. Echevarría tradujo así: "Ayúdeme Dios apedreador del demonio. En el nombre de Dios que es misericordioso y tiene misericordia. Sed, Dios, con nuestro Señor Mahoma y su generación, compañía y salvación. Y dí: Mi ayuda de la ira de Dios y de todo el demonio que permite rompimiento del in-

nable del Imán Mohammed. Derrame Allah sus favores sobre todo ello". En los extremos de esta inscripción hay escudetes con el lema "Solo Dios es vencedor" repetido en la faja que enmarca el dintel al que guarnecen paños de yeso con fina decoración.

A la izquierda de la portada queda la puerta exterior de comunicación con el patio de Machuca para los que llegaran por la puerta de las Armas y, frente a ella, otra puerta, reformada de 1538 a 1539, da paso a un vestíbulo, cubierto con techo de lazo, que conduce al patio del Mexuar y que fué la entrada del palacio hasta 1692, como se ha dicho.

**Cuarto Dorado o Mexuar.**—De los tres núcleos de construcciones que integran los alcázares, el primero, conocido en el s. XVI con el nombre de "Cuarto Dorado" y "Mexuar", se encuentra en parte arruinado y en parte se hallan rehechas sus primitivas edificaciones, no siendo fácil formar clara idea de él y, menos aún, señalarlo concretamente como el palacio elevado por Ismail, pues Yúsuf I debió de rehacer la mayoría de sus aposentos, quizá correspondientes a los primitivos alcázares nazaríes. Las reformas cristianas y los destrozos causados por la indicada explosión de 1590 alteraron su parte alta y modificaron la distribución y comunicación de la baja, dificultando más aún determinar su disposición primitiva. Situado frente a la Alcazaba, el Cuarto del Mexuar comunicaba con la ciudad a través

del callejón que, junto al foso que intercepta hoy el Cubo del s. XVI, conducía a la puerta de las Armas, quedando limitado al N. por ese foso y los lienzos de muralla del recinto; al S. por el grupo de construcciones que formaba ángulo con las que venían de la puerta del Vino; al O. por las murallas de la fortaleza y al E. por el palacio de Comares.

El conjunto de sus aposentos se eleva al lado de la **torre de Mohammed**, también llamada de Hontiveros, de Carrichuela y de las Gallinas, torre defensiva engarzada con la muralla, a cuyo pie se encuentra el pavimento primitivo y parte de los poyos de piedra que servían para descabalgarse a los jinetes que llegaban de la ciudad, en la explanada empedrada que se extendía a la entrada del palacio. Este agrupaba departamentos en torno a un primer patio y continuaba al E. con otro mayor, flanqueado de edificios y pórticos en los testeros N. y S. El *patio* primero tenía puerta en el centro y solo quedan de él restos de los cimientos de las construcciones árabes que lo limitaban, mezclados con otros cristianos. El *patio* segundo comunica con el anterior por una escalera de mármol; su planta es cuadrada (22,50 ms. de lado) y tiene alberquilla en medio y naves de habitaciones a derecha e izquierda, desaparecidas estas últimas en el s. XVI, conservándose solo sus cimientos a ambos lados de la puerta de entrada. En los testeros N. y

”diadema, pues los luceros descendieron a mí desde  
”sus elevadas mansiones.—Aparece el vaso de agua  
”que hay en mí como un fiel que en la quibla del  
”templo permanece absorto en Dios.—A pesar del  
”transcurso del tiempo continuarán mis generosas  
”acciones dando alivio al que tiene sed y albergue  
”al indigente.—Pues por mí pasan las numerosas  
”liberalidades de mi señor Abul Hachach.—Nun-  
”ca dejan de brillar en mí sus resplandores, aún en  
”las tinieblas de la noche”, y en la taca de la iz-  
”quierda: “Tallaron sutilmente los dedos de mi ar-  
”tífice mis labores, después de haber ordenado las  
”piedras de mi corona.—Me asemejo al solio de  
”una esposa, pero soy superior a él, pues contengo  
”la felicidad de los desposados.—A aquel que ven-  
”ga a mí sediento lo conduciré a un lugar donde en-  
”cuentre agua limpia, fresca, dulce y sin mezcla.  
”—Pues yo soy a manera del arco iris cuando apa-  
”rece y el Sol es nuestro Señor Abul Hachach.—  
”No dejen de vivir sus bondades tanto tiempo cuan-  
”to la casa del Excelso continúe concediendo los  
”beneficios de la peregrinación”. En el arranque  
del arco, y entre signos cúficos con el lema nazari,  
hay esta otra inscripción: “Alabanza a Dios por  
”los beneficios del Islam. Gloria a nuestro señor  
”Abul Hachach, emir de los musulmanes”. La sala,  
cuadrada, de 11,30 ms. de lado y 18,20 de altura,  
estuvo pavimentada de mármol, pero hoy lo está de  
losetas de barro, alternadas con olambrillas de fines

tregarles la ciudad, le señaló ésta, diciéndole: “Mira lo que entregas y acuérdate que todos tus antepasados murieron reyes de Granada y que el reino acaba en tí” y en esta torre, en fin, sitúa la leyenda el pacto de los Reyes Católicos con Colón para el descubrimiento de América y el legendario ofrecimiento de la gran Isabel de empeñar sus alhajas para ayudar en su expedición al insigne navegante.

El interior de la torre lo ocupa la sala conocida con el nombre de **Salón de Embajadores**, por ser el destinado a las recepciones oficiales y en el que, según el testimonio de Alonso del Castillo, se encontraba el solio real. La sala tiene su ingreso, desde la de la Barca, por un doble arco. Sobre el primero, muy deteriorado, hay tres celosías ciegas, y el segundo es de festón con bovedilla e impostas de mocárabes, que conservan restos de su policromía en oro y azul y, entre ambos, corre el pasadizo del que antes hablamos. En las jambas del arco segundo se abren nichos con arcos rodeados de inscripciones que dicen: “Alabanza a Dios único. Aparta de Yúsuf todo daño de mal de ojo con cinco palabras.—Di: Me refugio en el señor de la Aurora; gracias a Dios. Aparta de Yúsuf todo daño de mal de ojo con cinco palabras. Di: Me refugio en el Señor de la Aurora. El poder (pertenece) a Dios” y, encima de ellas, esta poesía en la taca derecha: “Alabanza a Dios. Yo deslumbro a los seres dotados de hermosura con mis adornos y mi

S. se alzaban pórticos, de los que el meridional, ya desaparecido, tuvo dos cuerpos y sus columnas se aprovecharon al hacerse el jardín de Daraxa. Queda, pues, de esta parte del palacio, tan solo la nave oriental, aún conocida con el nombre de “Mexuar”, rehecha a raíz de la reconquista y varias veces modificada luego, y el pórtico N. o **galería y torre de Machuca**, cuyo nombre procede de haberla habitado los arquitectos Pedro y Luis Machuca durante la obra del palacio del Emperador. La galería, abierta a este patio, tiene por eje una torre, y su pórtico, restaurado en 1926, consta de nueve arcos festoneados, con labor de ataurique en sus albanegas, apoyados en columnas de mármol. El interior de la torre, de 4 ms. por 3,80 de planta, está ricamente decorado con atauriques del tipo de los que veremos en la de Comares y cornisas de mocárabes. Tiene tres balcones con restos de celosías y en el alfiz de su arco de entrada, por su parte interior, una inscripción que dice: “¡Oh confianza mía, oh esperanza mía, tú eres mi sostén! ¡Oh profeta y enviado mío, sella con el bien mis obras!”, inscripción que solo aparece en los decorados del tiempo de Yúsuf I. En las albanegas campea el lema “Solo Dios es vencedor”, que timbra todas las dependencias de los palacios. El techo es un interesante alfarje, hecho al modo de los usados en la época morisca dejando a la vista el espesor de sus maderas ensambladas y con florón de mocárabes en el centro. Dos

arcos laterales comunican la torre, por la izquierda con una pequeña galería de tres arcos y ventanas modernas y, por la derecha, con otra que conduce al oratorio que existe inmediato al Mexuar. Excepto la torre, el resto del edificio fué agregado por Mohammed V.

En cuanto al cuerpo de construcciones del E., o **Mexuar**, se penetraba en él desde el patio por dos tramos de escalerilla situados al extremo izquierdo del pórtico S., cuyos peldaños aún subsisten, y al final de los cuales se halla el patinillo que antes vimos, en cuyo fondo se encuentra la ya citada puerta de la sala del Mexuar, cerrada desde el s. XVI hasta nuestros días. Exteriormente, los muros de esta sala han sufrido tantas reformas a partir de la conquista que no es posible precisar su primitivo aspecto. El interior ha experimentado también modificaciones, la principal de 1537 a 1544 en que queriendo aumentar un piso, sobre el único de que probablemente constaba, fué preciso reforzar sus muros exteriores y renovar su ornamentación interior. Cuatro columnas forman en el centro de la sala un cuadrado y sobre ellas apoyan ménsulas de mocárabes soportando tallados dinteles que sostendrían cuerpos de ventanas o balcones, destruidos al hacerse la reforma. En la cenefa labrada de yeso, que todavía se conserva, se lee esta inscripción: "Gloria a nuestro Señor el emir de los musulmanes Abul Walid Ismail", en la que algunos basan su opinión de ser esta dependencia resto del pala-

s. XVII para iluminar este aposento, pues todos los caracteres de la estancia, su orientación, forma y disposición del arco y lugar que ocupa, inmediato a la gran sala de actos del palacio, indican que fué un pequeño *oratorio* de uso particular del Monarca. La torre tuvo una gran bóveda esquifada que, amenazando ruina por su excesivo empuje, obligó, de 1672 a 1674, a recalzar el muro correspondiente a la sala de la Barca y, al fin, de 1688 a 1691, a apearla definitivamente, macizar alguna de las ventanas del salón que cobijaba y rehacer los pilares existentes entre los balcones de éste. Entonces se sustituyó la bóveda por una armadura que interceptaba el paso a la plataforma de la torre, el cual se ha restablecido, quitando esa armadura en la reparación realizada en 1933. La torre tiene varias ventanas en sus cuatro frentes, gárgolas iguales a las de la puerta de la Justicia y almenas que, primitivamente, fueron cuadradas y en el s. XVI se cambiaron añadiéndoles remates piramidales.

Al nombre de esta torre van unidos numerosos recuerdos históricos, pues aquí se cuenta que se celebró el famoso Consejo en el que se acordó entregar Granada a los cristianos; de ella salió Boabdil a combatir a éstos, cuando quiso lanzarse a la muerte, según refiere Hernando de Baeza; desde uno de sus balcones se dice que la madre de aquel Rey, al saber que su hijo se hallaba en tratos con los sitiadores para en-

Reja, y la de la izquierda comunica con una pequeña habitación que fué retrete, inmediata al Cuarto Dorado. En el centro de la pared del frente de la sala se abre un gran arco que señala el ingreso al inmediato Salón de Embajadores.

**Torre de Comares.**—Su altura (45 ms.) le hace ser la más poderosa de la Alhambra y su nombre procede de las vidrieras de colores que cerraban los nueve balcones que se abren en la gran sala que ocupa el interior de esta torre, vidrieras que aún hoy reciben en Oriente el nombre de *comarias*. Entre los muros de la sala de la Barca y los de la inmediata hay un estrecho pasadizo a la izquierda del cual se encuentra una puertecilla, con arquito agudo de herradura y rizados en su intradós, que dá paso a la escalera de subida a los departamentos altos del torreón, que componen pisos pequeños y abovedados. El lado derecho del pasadizo comunica por una puertecilla, gemela de la frontera, con un pequeño aposento de 2,37 ms. de largo por 1,75 de ancho en cuyo muro del fondo se abre un nicho con arco de herradura apuntado y dovelas de relieve y rebajadas alternando, decorado, así como las albanegas, de atauriques. El interior del nicho tiene cúpula en forma de concha y desde allí hasta el suelo hay una abertura de 0,36 ms. de luz, con una saetera, que dá vista al patio de los Cipreses. Aunque por el aspecto de su enlucido este hueco puede parecer contemporáneo del arco debió, no obstante, abrirse en el

cio de aquel rey y, por lo tanto, la más antigua del alcázar, si bien, muchos de sus caracteres indican que debieron reformarla Yúsuf I o su hijo Mohammed V. El techo se cerró en la restauración cristiana con un alfarje imitando los musulmanes y los cuatro espacios que rodean el cuadrado central tienen, dos de ellos, alfarjes de lacería y en las paredes ancha faja de yeso con la inscripción: "Todo "lo que poseéis procede de Dios" y los otros dos son ensamblados, restaurado el uno y rehecho el otro en el s. XVI. La parte alta de la pared se decora con yeserías y su ornamentación, en gran parte dorada y pintada, se asemeja a la de la sala del Generalife, obra del citado Abul Walid Ismail. Los zócalos, de alicatados de azulejos, con el lema de los Alahmares, el escudo de Carlos V y las armas de los Mendozas, son muy interesantes, así como los tableros con las columnas de Hércules y una orla de lazos moriscos, obra toda de mitad del s. XVI, hecha probablemente en Sevilla por el alfarero Juan Pulido.

Al fondo de la sala hay una habitación, que antes debió de ser independiente y con entrada por el patio del Mexuar. Su disposición coincide con la descripción que hace Mármol de este sitio, cuando dice que "a la entrada de este palacio hay un pequeño patio (el inmediato citado) con una pila baja a "la usanza africana, muy grande y de una pieza, labrada a manera de venera y de un cabo y de otro

en dibujos de esa época, fueron modernamente renovados y solo conservan algunos restos de yeserías y, el de la izquierda, trozos de la escalera de caracol que subía a la tribuna del Mexuar. En su centro hubo una pila de mármol, que debe de ser la taza de fuente que hoy existe en el jardín de Daraxa, y su frente N.º lo ocupa la construcción llamada en el s. XVI

**Cuarto Dorado.**—Obra de Mohammed V, según reza una de sus inscripciones, parece ser una dependencia más del Cuarto de Comares. La precede un pórtico de tres arcos sobre columnas, con capiteles de mármol del s. XII o del XIII. Al lado izquierdo del pórtico hay un arquillo de herradura que comunicaba con el Mexuar y, al fondo, se abre otro arco mayor, festoneado, con quicialeras de mocárabes, coronado por dos celosías y flanqueado de otros dos pequeños, que sirve de ingreso a un aposento, reformado después de la reconquista, cubierto con alfarje de lazo con pinturas góticas, escudos de los Reyes Católicos y sus emblemas del yugo y las flechas. En el centro del testero frontal de la sala y bajo un friso de mocárabes hay un balcón con columna en medio y capitel cristiano, decorado con los mismos emblemas reales y, a ambos lados, vanos adintelados, cerrados actualmente, que eran los primitivos miradores sobre el bosque que se extiende al pie. La construcción árabe de este cuarto tuvo un segundo cuerpo, a juzgar por los restos

cheros que aplica a estos huecos). Los nichos están interiormente revestidos de piezas de cerámica con labor geométrica y en los arcos corren estas poesías: “Yo soy una esposa con las vestiduras nupciales, dotada de hermosura y perfecciones.—Mira este surtidor de agua y comprenderás la abundancia de verdad que encierran mis palabras.—Mira también mi corona, la encontrarás semejante a la luna nueva.—Aben Nazar es el Sol de este orbe del esplendor y la belleza. Permanezca en su elevado puesto sin miedo a la hora del ocaso.—Mientras que yo, llena de gloria por misericordia suya, publico siempre sus felicidades.—Te parecerá el surtidor de agua que hay aquí, cuando se mantiene estático un creyente absorto en la oración.—Y cuando se conmueve, el mismo creyente que, habiéndola terminado, hace la genuflexión y se prepara a repetirla.—Pues por mi señor Aben Nazar colma Dios de beneficios a los que le sirven.—Habiéndole hecho descendiente del Señor de la tribu de Jazrech, Saad hijo de Obada”. El arco tiene interiormente albanegas de igual estilo y la inscripción: “Gloria a nuestro Señor Abu Abdallah”. El nombre de sala de la Barca, a la que antiguamente se llamó “Sala Dorada”, lo hacen derivar algunos de la forma de su bóveda pero, más bien, parece corrupción de la voz árabe *baraka* (bendición), estampada en los adornos de sus paredes. La sala forma un rectángulo de 24,05 ms.

”has conquistado veinte países y has hecho que lo  
 ”que se hallaba en ellos sirviese de botín para tu  
 ”ejército.—Si fuese dado elegir al pueblo musul-  
 ”mán aquello que deseara, no elegiría otra cosa que  
 ”tu salud y el alargamiento de tu vida.—Los res-  
 ”plandores de la grandeza se reflejan en tu puerta,  
 ”que exhala un perfume de júbilo y alegría.—Y  
 ”las huellas que recibe de toda acción generosa se  
 ”ostentan más claras y refulgentes que sartales de  
 ”perlas.—¡Oh, hijo de la nobleza, de la mansedum-  
 ”bre, del valor y de la generosidad, que has exce-  
 ”dido a la elevación de las estrellas brillantes!—Te  
 ”has elevado sobre el horizonte de tu trono con cle-  
 ”mencia para disipar las tinieblas de la tiranía.—  
 ”Has asegurado hasta las ramas del soplo del  
 ”viento y has llenado de pavor a las estrellas en el  
 ”interior de los cielos.—Y si la luz de las estrellas  
 ”tiembla es por temor de tí y si las ramas del ban  
 ”se inclinan es para darte gracias”.

En el centro de esta pared, un arco apuntado de mocárabes, con enjutas decoradas de hojas y piñas, y tres celosías de yeso encima, con labor de entrelazados, sirve de ingreso a la **Sala de la Barca**, que aún conserva las gorroneas de madera con mocárabes que sostenían sus puertas, hoy perdidas. Las jambas del arco tienen nichos con arquitos de mármol, para colocar jarras de agua o búcaros con flores (y no las babuchas, como dice el vulgo, de donde viene el nombre absurdo de babu-

de una ventana situada sobre su pórtico principal, y ese cuerpo debió desaparecer al hacerse las habitaciones para los Alcaldes. Para sostener éstas, estimándose débil el pórtico citado, se edificó ante él, en 1522, otro arco de mampostería que, en parte, cubre lo primitivo.

**Cuarto de Comares.**—Constituye el núcleo más importante de la Alhambra este palacio que tiene por centro el patio de la Alberca y avanza sobre el valle del Darro, hasta dominar sus escarpaduras, con la gran torre de Comares. Compone el palacio (residencia oficial del sultán) el conjunto de dependencias agrupadas en torno al patio referido, con galerías porticadas en sus extremos, abiertas la del N. a las Salas de la Barca y de Embajadores y la del S. a otras, desaparecidas al construirse el palacio de Carlos V.

Espléndidamente decorado por Yúsuf I, no debió este monarca ver terminada su obra, pues la decoración del patio, así como la de la sala de la Barca, datan ya, según sus inscripciones, del reinado de su hijo Mohammed V, quien enriqueció la entrada al palacio con una gran **fachada**, que se eleva al lado S. del patio del Mexuar, frente al citado pórtico del Cuarto Dorado. La fachada—restaurada a fines del s. XIX—recuerda la del Alcázar de Sevilla, construída hacia el mismo tiempo por el rey castellano D. Pedro I. En ella se abren dos puertas, con encintado de azulejos en torno, sobre zócalos de

cerámica, rematadas con dinteles de yeso adovelados y separadas entre sí por un paño de labrada yería. Encima hay dos ventanas gemelas con arcos peraltados de festón y otra simple más pequeña en medio, con arquillo lobulado rodeado de inscripción coránica, huecos todos que corresponden a una habitación que tenía su entrada por otra del Cuarto de Comares. Un friso de estalactitas hace de cornisa y lo completa otro de madera ricamente tallado con inscripción, y un amplio alero, también de madera labrada, apoyado en largos canecillos. Todo el muro se cubre con preciosos adornos, marcando la separación de los dos pisos ancha faja con labor de guirnalda que ciñen medallones con escudos en su centro. Completan el decorado numerosas inscripciones—cúficas las bajas y cursivas las altas—de alabanza a Dios y a Mohammed V, repitiéndose varias veces el lema "Solo Dios es vencedor". La inscripción del friso de madera, dice así: "Mi posición es la de la corona [del reino] y mi puerta es una bifurcación de caminos. El Oriente envidia al Occidente por mi causa. Alganí Billah [Mohammed V] me encomendó que abriese el camino a la victoria que marcha hacia la victoria. Así es que estoy esperando su aparición de la misma manera que los horizontes introducen al alba. ¡Que Dios le conceda que sus obras sean hermosas como son hermosos su aspecto y su carácter". La puerta derecha de esta fachada sirve de entrada—com-

tiguos grabados, la de la derecha que, primitivamente, era más ancha y sin almenas y tenía su entrada por uno de los aposentos altos de la torre, según se ha restablecido recientemente; asimismo, se agregó, en 1890, una cupulilla central que se ha desmontado en 1934. Los extremos de la galería los ocupan, como en la otra, alacenas con arcos agallonados y cúpulas y vasares de mocárabes, apoyando en un zócalo de azulejos que se extiende por todo el frente del pórtico y que fué hecho, de 1587 a 1599, en la alfarería de Antonio Tenorio y del morisco Gaspar Hernández, a imitación de lo árabe. Sobre ese zócalo, una inscripción en yeso reproduce un fragmento de la casida que el visir y poeta granadino, discípulo de Aben Aljatib, Abu Abdallah Mohammed ben Zemerrec (1354-138...) compuso en honor de Mohammed V, conquistador de Algeciras en 1368, cuya inscripción dice así: "Bendito sea aquél que te ha encargado de sus servidores, el que ha ensalzado por tí a los musulmanes y les ha colmado abundantemente de bienes.—¡ De cuántos países infieles vinieron contra nosotros sus habitantes por la mañana y por la tarde te habías vuelto el árbitro de sus vidas! Y les impusiste las cadenas de los esclavos y les obligaste a que se presentaran muy de madrugada ante tu puerta construyendo alcázares para servirte.—Has conquistado Algeciras con la fuerza de tu espada, abriendo una puerta que se hallaba desconocida a nuestra victoria.—Y, además de esto,

los del pórtico frontero, del que se copió la inscripción que corre sobre el zócalo, que después reproducimos, pues ya se había perdido la que existió, dedicada a Mohammed V.

*Las naves laterales* del patio, que constan de dos plantas con cinco balcones de arcos gemelos en la alta, estaban destinadas a residencia de mujeres. Bajo los balcones se abren puertas de las que, la primera de la nave occidental, inmediata a la sala de Comares, comunica con una escalera de subida a los aposentos altos, y la segunda, con arco de herradura apuntado, era la primitiva entrada al palacio, hoy restablecida. Las otras dan paso a alcobas o comunican con el piso superior y por la última es por la que se ha entrado de 1692 a 1926. La nave opuesta presenta otras cinco puertas: una de comunicación con la parte alta de la sala de las Camas y la inmediata abierta a una escalera de bajada a los baños; la tercera dá ingreso a una sala con alcobas; la cuarta se abrió después de la reconquista para dar paso al Cuarto de los Leones y la última, también con alcobas, tenía relación por la derecha con los pasillos que comunicaban con aquel Cuarto.

Sobre la *galería norte*, tras la cual se alza la gran torre de Comares, se levanta un parapeto almenado con dos torrecillas laterales, obra de moderna restauración, rehechas de nuevo en 1890, cuando ardiéron la techumbre de esta galería y la de la sala inmediata, pues antes solo existió, como acreditan an-

hemos visto—al patio del Mexuar y la de la izquierda dá paso a una sala decorada de yeserías con friso de mocárabes y techo de lazo pintado en la época de los Reyes Católicos, en cuyo alicer se lee: “Los muy altos y muy católicos y muy poderosos señores don fro. e doña ysabel, rey y reya. ”despaña nros. señores conqstaro. esta cibdad y su ”reyno. fué entregada a 11 días de enero de mil y ”ccccxc y uno” (*sic*). Un pasadizo acodado, con asientos para la guardia, techos restaurados en la época cristiana y adornos en las paredes, con inscripciones de elogio a Mohammed V, desemboca en el

**Patio de los Arrayanes.**—En el s. XVI se llamaba de Comares y, desde el XVII, se le viene nombrando de los Arrayanes, de los Mirtos, del Estanque y de la Alberca, por la que ocupa su centro (34 ms. por 7,10) y en cuyas aguas quietas se reflejan sus pórticos y su gran torre. En sus extremos, dos pilas modernas de mármol, con largas canales, vierten su agua en la alberca a cuyos lados hay macizos de arrayán y varios naranjos que animan con su color la blancura del mármol del pavimento y ponen en el aire el encanto de su aroma. El patio, que mide 36,60 ms. por 23,50 en el lado N. y 22,95 en el S. responde al tipo clásico arábigo-andaluz, patio, como dice Mármol, “a la manera española”, flanqueado por dos naves de aposentos y, en los testeros, pórticos de siete arcos semicircula-

res, seis de ellos con adornos de rombos calados ceñidos por fajas, con inscripciones de alabanza a Dios, y sostenidos por columnas con capiteles cúbicos, y el central mayor, con enjutas macizas decoradas de atauriques y capiteles de mocárabes.

La *galería sur*—cubierta con techo de lazo y siete cupulillas de diversas formas—tiene en sus extremos alacenas (la de la derecha moderna) con vasares de mocárabes y esta inscripción: “La ayuda y la protección de Dios y una victoria espléndida para nuestro Señor Abu Abdallah, emir de los musulmanes”. En los extremos del testero dos pequeñas puertas con arco daban paso, la de la izquierda (rehecha modernamente) a una escalera que conducía al entresuelo y, la de la derecha, a una habitación ya desaparecida. En lo alto de las paredes se lee: “La felicidad y la prosperidad son gracias del sustentador de las criaturas”. El centro del testero lo ocupa gran arco semicircular con tres celosías encima y puerta moderna a una sala, destruída hacia 1537, al construirse el palacio imperial, de cuya ornamentación aún quedan restos en su interior y la inscripción “Dios es el mejor guardador y el más misericordioso de los misericordiosos”. Encima de este pórtico hubo un entresuelo, con acceso por un corredor con siete ventanas al patio—la central gemela—reformadas en los tiempos cristianos con capiteles góticos y cerradas hoy por modernas celosías. Sobre el corredor, y cubierta por un techo

de lazo, apoya amplia galería de seis arcos y dintel más elevado en el centro, sostenido por dobles zapatas de madera, escalonadas y cubiertas de atauriques, cerrando estos huecos celosías, hechas a fines del s. XIX. A los extremos de la galería hay otras dos alacenas restauradas y en su frente otro arco, con restos de alicatados blancos, negros y azules en sus jambas, que daba entrada a la sala, desaparecida como las inferiores en 1537. En su parte interior se conservan trozos de la decoración de yeso de sus paredes y la leyenda “La ayuda y la protección de Dios “y una victoria próxima anuncia a los creyentes”. El derribo de estas dependencias del alcázar ha dado origen a la leyenda de que el Emperador destruyó el palacio de invierno de los reyes granadinos pero, lo cierto es que los escritores y viajeros de los ss. XV y XVI, anteriores a la construcción imperial (Hernando de Baeza, Jerónimo Münzer, Antonio de La laing y Andrea Navagiero), nada hablan de este pretendido palacio y otros (Luis del Mármol, entre ellos), concretamente señalan como tal el Cuarto de los Leones, aparte de que, estudiando la disposición de los palacios musulmanes, se comprueba que allí no pudo haber sino las dependencias indicadas, análogas a las del otro frente, aunque más reducidas. La decoración de este cuerpo del patio, excepto el zócalo de azulejos, que ya no existe, se rehizo de 1841 a 1842 y de 1850 a 1860, sustituyéndose entonces los primitivos adornos con otros nuevos, semejantes a